Cuentos de Amistad y Romance del Federico.

Yo Federico Soto del Alba el Autor Original de estos textos los pongo en el Dominio Público bajo la Licencia "CC0 1.0 Universal" que se encuentra al final de este Texto.

Desautorizo y/o rechazo el uso de estos textos para cualquier forma de diagnóstico, tratamiento, análisis o formulación psicológica, etc. Prohíbo cualquier uso religioso de estos textos.

Índice.

A. Dos Gotas de Agua. 2

B. Amigo. 17

C. Dos Amigos Míos. 26

D. Ella, Esmeralda. 34

E. Compadres. 46

F. Notas a mi "Compadres". 66

G. Niños de la Calle 1. 78

Dos Gotas de Agua.

A la mejor hermana que pude haber tenido.

El mismo año nacieron una niña y un niño. Del niño sabemos dónde nació, de la niña no.

--Dedicada a Erika, la mejor hermana que pude haber tenido...

Se encontraron en la misma escuela cuando tenían 10 años de edad.

El niño llegó a esa escuela escapando de su anterior profesor.

De la niña no sabemos. Sólo sabemos que llegó, como él de otra escuela, algunos años después.

Ambos, a la luz de algunos, hermosos. De similares ojos, de similares pecas, de similar cabello, uno más largo y otro más corto. La nariz al parecer idéntica.

Hilachos ambos.

El uno triste, ambos muy enojados.

Sin embargo, a él no se le notaba. Sólo aquellos que creían leer la mente de los menores, como el director y algunos otros profesores, "notaban" la furia inerme en el niño. Visiones de gente que cree que sabe lo que otros piensan, cuando no entienden ni lo que afirman.

Cultos que no se escriben, cultos que no se hablan, ojos que se guiñen, respuestas cortadas y a veces risas compartidas. Preguntas no elaboradas, respuestas no otorgadas...

Sucede que, para el niño, la atracción fue instantánea.

Aún muy joven, para él, niñas, mujeres y ancianas, si ancianas, jóvenes, jovenazas, el niño no lo vería como ustedes, siempre fueron motivo de fascinación.

Salvo su madre, no hubo mucho misterio ahí, aunque sí mucho engaño.

Cierto es, que, fascinación no de la misma manera, cuando llegó la joven, la niña, esa gota de agua deslizándose por la entrada lo despertó a su por venir adolescencia.

Quedó prendado y al parecer ella al menos interesada.

Su segundo encuentro una inspección hacia ella de arriba abajo.

Había de alguna manera alguna lista que llenar, requisitos que había que descartar, por alguna razón. Tal vez esa familiaridad de verse en el espejo en la apariencia de lo al parecer opuesto y complementario a ese niño lo llevó a buscar, sin tocar, algo, que en ese momento no supo bien a bien atinar.

Nada sorprendente, ¿Qué significaba eso?, no hay lo que no debería haber, y sin embargo, eso se sentía mal. No era la intencionada y tal vez molesta inspección visual, aún si a través del paño del pasado, al parecer fue tomada con cierto agrado, sin extender la mano, pero sin retracción.

Sin gesto de rechazo expreso.

La furia de ella inaparente a él. Aún si la vio de las cosas que volaban de su punta del pie.

Se hicieron novios, sin manos ni abrazos, cosas de muchachos a esa edad. Ella regalaba pequeñas gotas de agua formada difíciles de confundir.

Como que preguntaba: Escoge uno.

Él como que contestaba no está ahí.

Escoge uno.

No está ahí...

Lo invitaron a casa, no se dijo que a conocer a los padres, habría sido muy formal.

Con cierta trepidación y algo de preocupación dijo que sí, preparado, al cruzar el puente que vuela el río que los separaba, el que divide el presente donde se encontraba del futuro donde estaba se detuvo.

Algo andaba mal.

Algo no cuadraba, un cierto presentimiento tenue, vago, impreciso de un mal porvenir.

¿Sería el niño?.

¿Sería ella?.

En su imaginación el niño pensó en el repudio de los padres. Su condición más humilde, clase media baja, y la de ella eran diferentes.

Había experimentado el rechazo de algunos que más tienen, no siempre, pero trató de evitar amistades con tales diferencias, y

ninguna otra.

Afortunadamente fracasó.

Imaginó manejable, sabía ser un niño encantador, su timidez no partía de buscar la distancia, sino del respeto a la imposición que a veces lo caracterizaba.

¿Sería yo?, el puente era peligroso, como si los asaltos a la luz del día ocurrieran sólo en una metáfora. El parque podría evadirse. La casa y sus escaleras precaverse.

¿Será ella?.

¡Una vida juntos!, dando un gran paso, casi un brinco se detuvo.

Esa vida juntos, quizá al decidir hacia ella dejó de estar ahí. Se esfumó. La opresión, la muerte cayó sobre el niño por segunda vez.

En su imaginación buscó algún recuerdo futuro que le indicara el camino para dar el paso y que ese futuro estuviera ahí. No lo encontró.

Como si en su búsqueda algo hubiera agitado la calamidad que se acercó a él.
Decidió no ir, mostrar la espalda, dar la vuelta y regresar a casa.

El dolor cayó sobre él de nuevo, un dolor de pérdida, de no verla más, de muerte. De renunciar a ella para evitar el dolor, no más, sólo esa ilusión de lo que pudo haber sido, y de lo que no vio, pero le dolió.

Como pudo, sin llorar por fuera llegó a su casa.

Al día siguiente su furia cayó sobre él, delante de todo mundo. Su mochila salió volando impulsada por su pie, ese pequeño pie, casi de cristal, envuelto en cuero y goma gruesa, con correas, envuelta en una calceta como de seda.

Ese pie, que sin recordar cuándo ni cómo, en otra patada, perdido el zapato, él fue a recoger por ella. Tomó su pie y como si pudiera verlo a través de la calceta resultó familiar. Cerró el cintillo y no recuerda más.

Sin avergonzarse, se arrodilló, algo mal había en su espalda ya desde entonces. Había sido golpeado con la locura de quien anteriormente casi mata a su madre. Ambos siendo niños.

Ese dolor lo encontró ahí de nuevo, sin haberlo buscado. No pudo llorar, era mejor sentirse avergonzado y ser ridiculizado que ser humillado por una niña. Así decían, para él un orgullo que ella lo venciera, por alguna razón…

No más, pensó el joven, esto no va a acabar bien. La mochila no duele.

Terminaron.

La niña tuvo varios novios. A ojos de él no la merecerían, pero él no podía acercarse más.

Lo intentó, ante tal descaro decidió pedir el regreso, tomando valor se acercó lo más que pudo y pensó: no puedo hacer esto, no puedo.

Sin emitir palabra dio la vuelta y se sentó.

Alguna vez corriendo la niña se sofocó. Otra vez llevaba un moño negro, o quizá blanco, demasiado grande para ese cuello, y se

sofocó también.

Alguna vez él pensó: despacio, despacio, ahora te alcanzo. Sólo para rebasarla sin decir palabra.

Pensó: no necesitas correr tan rápido, siempre habrá alguien más rápido que tú.

Al niño lo forzaron a desmayarse dando honores a la bandera, bajo el sol, sin agua ni sombra por horas. Lo obligaron a correr alguna vez hasta sofocarse. Ambas la misma maestra.

Fin de año.

La foto grupal, a la que el joven no quería posar. Siempre fue remilgoso a conservar una imagen física que debiera ser un bello recuerdo o algo que mejor olvidar.

Accedió, nunca hubo una discusión real, un diálogo normal. Había que satisfacer a la maestra con habilidades de Kalimán. Ja, ja, ja, qué locura, pero así parece ahora.

Al acercarse, como ascendiendo de las profundidades del averno, otra discusión similar.

Más calladita, más bajita, de ella, que nadie más debía escuchar.

¿Imaginación?, quizá. Pero, ¿qué se pierde con intentar?. El niño iba, tal vez, a estar bien.

Lo golpearon, lo desmayaron, lo ignoraron gravemente enfermo, lo encerraron y de milagro no le rompieron la espalda tratando de curarlo. Casi lo apuñalan, casi le arrancan la cabeza, pero así era para él.

Su futuro, aunque de fecha incierta, sería funesto. Para él mejor huir, navegar el ancho mar, aunque fuera solo.

Mejor así.

El único problema era el barco. ¿Metáfora?. A la mente del niño, hasta uno chiquito sería suficiente, no me voy a mover mucho, puedo estar quietecito, calladito, como en este silloncito y estaré bien.

El problema es el barco, y eso no lo puedo cambiar. Pero mi fin ahí está, claro y visible detrás del paño que cubre mi futuro. No termina bien, no lo quiero y así será. Pero entre este silloncito y aquel barquito tengo toda una vida por delante.

Y si el barco me niegan, aunque no podré darle uno a otros, quizá podré ayudar a que se queden en tierra, sin buscar en el mar su destino final.

De manera que, no se pierde nada, A donde quiera ir, a donde quiera llegar, no estaré yo ahí, pero ella sí. Si puedo, que esté segura, no importa más. No pateará más mochilas si no tiene que luchar todos los días por su condición de mujer. Por su belleza física y su encanto natural.

Me puedo imaginar que si el niño quiso ayudar alguna calma debió tener. Si su furia permaneció oculta, visible y hasta temible en sueños y metáforas sin ubicar, es porque tuvo la oportunidad de poder ayudar.

De no estarse defendiendo todo el tiempo de todos y contra todos. De encontrar calma en algún lugar.

Estando segura, su furia, quizá sería como la de él, interior.

Así planteado, el niño creyó que no se perdía nada con intentar.

En la foto individual lo obligaron a sonreír: Más sonrisa, más sonrisa.

¿Porqué?.

Más sonrisita por favor. "Tú sabes cómo la quiero".

"¿Así Miss?"

El niño sintió felicidad, pasajera, intensa pero muy corta. Como la gratitud de un menor: honesta, no demasiado grande, pero mejor que la de un adulto. Y eso le molestó.

La última vez que sonrío así, pensó. La última.

De nuevo, a petición de parte, el no diálogo.

"¿Quieres que le dé la foto?"

"¿A quién Miss?"

"¿Quieres que le dé la foto?"

"Sólo si ella la quiere"

Qué imaginaría la vieja cual haya sido, el niño lo intuyó, sin saberlo. ¿La madre?, ni modo que no. ¿Qué preguntas?, sólo de un loco o loca que no quiere hablar.

El niño recuerda a la niña con una foto por su parte blanca mirándolo a él extrañada, ¿cómo que para qué la quiero?.

El niño, sin decir nada la dejó acercarse.

Pensó: Si quieres, si la aceptas, la puedes tener.

Como que quiso la niña sacar la lengua, pero lo pensó.

Tal vez, un poquito de calma, un poquito de paz, y una sonrisa franca, de vez en cuando la harían sentir mejor.

Sucedió que lo volvieron a forzar a sonreír, ahora por su madre, porque no estaba convencida que él estaba mejor. “Es que no sonríe conmigo como en la foto. Esa foto no era para mí”.

Pfff.

Cómo pudo, sonrió, pero nunca más como en esa foto.

Tal vez ya cerca del mar, como siempre lo amó, de vez en cuando, parte de esa sonrisa no se pueda reprimir más.

De la niña, no estuvo seguro si la vio más.

Preguntó por su bienestar, nunca le contestaron, sólo evasivas.

A veces recuerda otro dolor de no verla en esa puerta el siguiente año. Cada día esperaba verla. Cada uno sin falta. Si alguna vez pareció que no, era mejor así, que lo pareciera.

La maestra ese nuevo año escolar parece que sí lo “oyó”, se levantó casi llorando y de eso no dijo más.

Al correr de los años, de nuevo, hay no dichos de ese hospital donde no nació, un centro médico para trabajadoras. Resulta que de emergencia lo trasladaron del hospital con urgencias donde debía nacer a un hospital privado de menesterosos, quesque venía sentado y había que operar de urgencia.

¿No habría lugar para no arriesgar al menor con su traslado?. ¿Podría aguantar?. ¿O había otro producto "valioso" en un embarazo hasta entonces de bajo riesgo?. Que además ya habían intentado abortar. Dicen, que no la primera vez, pero en él y tal vez ella sí falló. Mejor hubiera sido que no, él nunca agradeció la oportunidad. Hubiera dicho el gracias no, mejor muerto que vivo. La madre negligente y omisa, deshonesta, cruel e insensible: "Puedes traer cualquier chica que no sea una negra". Así lo dijo, aún si ahora lo niega. "Yo no soy racista". Manipuladora: "Estudia medicina, dura para siempre". "Vete a la calle, porque lo mando yo".

El joven durmió en la calle sin ninguna explicación más que "Eres la causa de todos mis problemas". El mejor hubiera no haber nacido se obliga inferido: maldito, me arruinaste la vida...

El padre mitómano, mal embaucador pero fiel cuasimodo que no se sabe de qué piezas la armaron…

Aunque no la vio más, fue ¡libre!, el futuro estaba ahí y había que llegar. Aún si ella, en esa última foto, en esa última oportunidad hubiera dicho: que se jodan...

Cierto es que ese desmayo, esa falta de encontrar el nombre, la anomia, también se le quitó al no ver a la joven más. Dicen que el litio causa esas cosas. El disulfiram causa desmayos y alucinaciones en los menores que tienen que compartir el plato con el alcohólico que no lo quiere tomar: medicación encubierta.

Ese maltrato de castigar sin explicar, creyendo que es mental, telepático, sin decirle así, "tú sabes lo que hiciste", como si sus voces en el guaje que tienen por cerebro fueran iguales que las intuiciones de un niño, causan alucinaciones y delirios. El maltrato incausado obsequiado de forma aleatoria causa

alucinaciones.

Una cadenita de niños y niñas alucinadas que se vuelven madres y padres alucinados, maestros y maestras alucinadas, esposos y esposas alucinadas, en una historia sin fin. Sin decir ni una sola palabra porque "somos especiales", "eres como nosotros". O con pruebitas babosas que no dicen nada que no confirme lo que se está esperando, a pesar de toda prueba en contrario. ¡Hasta con un milagro en contra o a favor!. Como si la divinidad interviniera para decirte: hija vas por el mal camino…

Yo no creo en eso y el niño tampoco, sólo en otra locura.

Tal vez como los de la maestra y su gringo esposo que solía torturar niños apretándoles la mano, quien sabe con qué finalidad. Imagino algo de posesión, algo de viaje en el tiempo, locuras de un par de… bueno… ellos sabrán.

Así que esa libertad, esa capacidad de literalmente correr, como los grilletes que lo arrastraban a la falta de coordinación no fue más. No se lo iban a decir a él ni siquiera grande, pero a casi todo mundo que preguntara solo aquella parte conveniente a sus intereses y no a los de él.

Contrarios a los de él.

Él no lo sabe, ¡es sólo un niño!, aún si de 60 años de edad. Si sobrevive...

Quizá de ahí la sonrisa forzada para la madre: "Se le va a olvidar. Está más feliz así". Bruta además…

Curioso, amén, amén, el niño tiene una enfermedad cardiaca que causa muerte súbita. Otra, genética que, curiosísimo, se confunde con el uso de psicotrópicos. Y que además predispone a déficit

que predispone a ... la muerte súbita cardiaca.

Otra que se añade en algunos casos causando males cardiacos, y párale de contar, faltan dos o tres que siendo futuros no se han diagnosticado ya...

Miró atrás a la niña y no la vio más. Sabía que mirando adelante él no estaría ahí. Como dos barcos que colisionan, pero no fue así. Un reencuentro que nunca pasó y muy probablemente no pasará, no pasará.

Sin mala intención algunas veces pensó: Qué bueno que a mi hermanita no le tocó aquí, ¡qué chinga se hubiera llevado!. A veces: hermanita, estás mejor ahí, ahí, donde no estoy yo…

Otras veces, imágenes, historias, películas, libros le recordaban a ella, como si hubiera tenido una hermana y aún teniéndola enfrente no pudo estar con ella. Como si atrás de ella, sobre su hombro hubiera mirado aquello que ella hubiera elegido de la vida de él.

Como cuando ella lo molestaba a él, jugando uno o dos años antes de llegar a la misma escuela.

Para él fue difícil fingir que no la notaba. Sólo una vez, ya en el mismo lugar, en el mismo tiempo, el: "Yo también puedo hacer eso y estoy aquí, no vengo antes que aquí..."

Otras dudaba si tendría hermana y no le dijeron, como muchos, muchas veces.

Oh! y ahora, ¿quién le va a decir la verdad?.

No importa, encontró una gota de agua que a él le regalaba lágrimas del mar.

Jugaron al avioncito. Ella belludita, belludita, como si fuera cuata de un varón.

Talentosa para el brinco, como inalcanzable de casilla en casilla, de número en número, brincaba en esa cruz que parece avión.

Alguna vez le dijo a él: "tú puedes hacerlo".

"No, no puedo, en el número 8 me voy a caer, y si no me fijo, me va a ir mal. Que te muevas en la 7, no va a ayudar, ya lo vi, yo soy presa de eso pero tú no."

Y así fue, se movió, y el niño casi se cae…

Con maestría, con un dejo de desprecio, como si el agua que tiró en el bote del pedazo del papel que escurrió fueran las lágrimas que no vale la pena derramar por nada, ella escurría el papel antes de tirar.

¿Se refería al niño?, ¿a ella?, ¿a los dos?, ¿a otra cosa?. El niño no lo supo, sólo, “no puedo hacer eso”.

Años después el niño regresó a ese jardín que nunca cruzó.

No lo recordaba así.

Ahí había unas flores blancas, ahí unas rojas. Ahí un invernadero que no vimos.

Ese zapato que voló es porque no llegué a tiempo.

Me arrodillé, le coloqué su zapato, he ahí su pie.

"No tiene por qué ser así. No tienes que estar enojada".

Suspiró, lloró, no estaré aquí todo el tiempo…

Años después, una disco, un bar, ¿un curso diferente?, sus zapatos bailaron enfrente de la pantalla. Sus brincos a lo largo de la vida de ese joven, una danza peculiar en un pie, en otro, en ninguno, un cambio de pie difícil de apreciar, quizá compartido por otros, cruzó frente a él, rápida como siempre fue, y sin decir nada además…

Lloró, se enojó, siempre fue así.

Nunca recibió un abrazo, nunca un adiós. Nunca un: sí, fuiste tú, tú eres él...

El niño no podía y ella quizá tampoco, aún si, en algún momento se entendieron y quizá supieron que no podrían estar juntos.

"¡Que se jodan!", él se queda aquí, y quizá ella sin patear mochilas, diría él.

Antes de que nada pudiera cambiar, “mira al frente”.

No, no puedo mirar, esa es una pantalla.

No, mira al frente, mira, mira a donde quieres ir…

Veo, un jardín.

No, mira al frente, mira a donde quieres ir.

Años después, ese jardín sin flores, lleno de hojas verdes, siguió al joven donde quiera que fue.

Como un muro que para alguna niña era algo que no debía mirar.

Sus manos, a la distancia, como las de él, sosteniendo una letra que no inicia una descripción, sólo un ordenamiento, pero tan similares.

“No puedo hacer eso”, no dijo: no soy así. No dijo no soy como tú. No dijo somos diferentes. No dijo quiero estar contigo y no puedo estar ahí.

Años después lloró como dos lágrimas del mar.

Aún décadas después llora sabiendo que ella estará ahí y él no. Él no estará ahí y quizá, tal vez ella sí...

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 1 de Diciembre de 2024 y el 28 de Octubre de 2025.

Amigo.

Somos amigos especiales, no diferentes.

"Gracias a un par de bailarines, como Laurel y Hardy, por recordarme a mi mejor amigo. Gracias por hacerlo posible para mí."

--Inspirado en la película Cars.

No tenía yo ni 8 años.

Viajaba yo en el camión escolar a casa de mi tío y tía.

Nunca fue cómodo, esa familia no me daba a mí la bienvenida.

Lo intentaron, no lo niego, pero como que nunca funcionó.

Mi cuidadora había fallecido en circunstancias trágicas para ella y para mí.

Era la única que me daba de comer con mucho amor.

Su familia, aunque poco me abrazó.

Mi cuidadora me acompañaba al kínder, me tomaba la mano como mi madre y mi padre nunca pudieron.

A su familia la recuerdo con mucho amor, espero que les vaya bien.

Gracias por recibirme, gracias por quererme, gracias por haber estado ahí conmigo.

Un día me ordenaron que me sentara junto a un niño especial como yo. Dudé, sospecho que porque era más pequeño, estaba enojado y tenía miedo. Creo que dudé poder ser su amigo, de dar el ancho.

Lo fuimos.

El niño que recuerde no hablaba o casi no hablaba. Sin embargo a veces hasta parecía que gritaba y nos reíamos del miedo que me daba, poquito miedo, miedo chico no muy grande.

A veces el niño estaba adormilado, mucho. Me ordenaban que me sentara en otro lado, yo sospechaba que lo habían agredido.

Quería estar a su lado, para que pudiera relajarse, descansar, saber que en ese camino, estaba seguro conmigo.

Que estábamos acompañados, que al menos ahí yo no estaba solo.

Dudando, temiendo nos separaran en ese camión definitivamente me levanté desafiante, me senté con mi amigo. Creo que me regresaron lejos de él.

Recuerdo me volví a levantar y el guardia del camión cedió y se burló de mí.

La o las siguientes veces tras repetir una vez la escena, se mostró inútil, yo iba a querer estar con él a toda costa, así adormilado, y yo no iba a cejar.

Él se sentía mejor conmigo cerca y yo también.

¿Por qué querer dos niños angustiados separados cuando juntos se sienten mejor?.

¿Qué clase de adultos hacen eso?.

Como quiera, a veces, sin decir mucha palabra, yo trataba de ver si lo entendía, y él a veces se frustraba, "Es que no te entendí bien". "¡ESCUCHA!", a qué risa nos dio. "escucha".

Nos acoplamos, fantaseábamos manejar el camión, dar la vuelta por aquella calle que décadas después siempre al pasar miraba yo largo hasta donde pudiera ver acordándome tenuemente de él, de mi amigo. Mi mejor amigo.

A veces, "¿Bueno y si siguiéramos el camino y sólo brincara el camión?".
¡Brincaba!.

“Eso ya lo hicimos...”

No podíamos movernos mucho porque nos veían sospechoso...

"Par de niños locos", dirían algunos...

"No, yo quiero dar la vuelta al camión".

"Bueno, ¿quizá si al dar la vuelta en esa gran curva intentáramos que se volcara? ¿Quizá si imagináramos que la curva era más grande?".

"¡Uooooooh!".

No funciona varias veces, se pierde la emoción.

Adormilado: "Quiero que tu brazo esté aquí por si tengo miedo".

"¿Aquí? o a ¿acá?".

Acordamos, dejé mi brazo sobre el asiento, nunca realmente lo necesitó, pero siempre iba a estar ahí, por si acaso.

Siempre tenía yo mucha hambre, mis padres no me daban de comer lo suficiente. Apenas podían pagar la escuela y no fueron muy considerados.

Una vez mi amigo trajo una bolsa de papas: "Tienes hambre, les pedí una bolsa de papas para después de la escuela y me costó mucho trabajo".

"Ten, come, acábatelas".

"Sólo si tú comes conmigo".

"Yo ya comí, me da mucho sueño si las como".

"No puedo comerlas solo, sería abusivo, pero si las compartimos, creo que está bien".

"¿Qué tal mitad y mitad?".

"¡Es mucho!".

"Bueno, come poquitas y guarda lo demás".

"Arrghh, está bien".

Mi amigo comió con algo de satisfacción, amistoso y alegre recelo: acordamos.

Creo que sí se adormiló.

"¡Te dije!".

Lo más doloroso para mí fue haberle golpeado repetidamente la cabeza con una naranja.

Varios días, a mí me dolía, pero en algún momento me sentí mal por empezar a disfrutarlo.

Él se daba cuenta y "ya párale".

Triste, me sentía mal, confundido, pero él siempre supo manejar eso de alguna manera.

Alguna vez, no recuerdo qué "discutimos" respecto a la naranja, creo que la conductora del camión le dijo: "ahora pégale tú a él".

Se disculpó mi amigo conmigo, y me retahiló la cabeza con la naranja en su pequeña mano.

Me sentí humillado, no por mi amigo, sino por la conductora.

Creo haber pensado o dicho: "Es que le gusta".

Triste...

Ya, en otra ocasión, no recuerdo cómo llegamos ahí, pero algo como "yo también puedo", o algo así, no lo recuerdo claramente, cedí la naranja, y hasta la fecha, más de cuatro décadas después, cada que trato de acordarme claramente me duele la cabeza, ahí donde me pegó la última vez con una especie de arrojo bienintencionado.

Escribiendo este texto me duele mi vértex al acordarme, pero no me siento mal por nada de eso.

Curioso, extraño, bizarro...

A veces no decíamos mucho, sólo nos acompañábamos callados.

Escasas veces quería que mordiéramos los barrotes oxidados del camión. Los de los que uno se sostiene para sentarse o levantarse del asiento.

Yo lo dudé, tras alguna negociación, y creo algo de chantajillo: "Está bien".

Limpié el tubo con el suéter de mi antebrazo y pues mordimos el tubo.

"No lo muerdas, te vas a lastimar los dientes".

Debió ser una imagen interesante, como dos tiburoncillos mordiendo un tubo oxidado.

Triste, escasas veces. Hasta que dejó de ser divertido.

Sin embargo: "Lámelo, sabe rico".

"¡Guácala qué asco!".

Lamí el tubo, ¡me engañó!, ¡él nunca lo lamió!.

Como se rió esa vez...

¡Siempre inventábamos otra cosa!.

Alguna vez yo perdido mirando el camino, curioso porque nos sentábamos detrás de la chofera y no se podía ver mucho, como que quise recargar mi barbilla sobre el tubo y un: "¡Yo no alcanzo!", me sacó de mi ensimismamiento.

¡A cómo nos reímos!.

Creo mi último recuerdo claro es de nuestro baile.

"ESCUCHA".

"¡Oooh!"

"No, escucha".

Un movimiento sutil de sus manos.

"No oigo claramente".

"Escucha y sígueme".

Traté de anticiparme: "¡Eh!, ¡estás haciendo trampa!".

"Sígueme".

"Me voy a equivocar".

"¡No importa!, sígueme..."

Bailamos, duraríamos como unos dos minutos, a veces perdía yo su rastro, a veces él.

“Yo no…”

Hasta recuerdo imaginar que como que en nuestra imaginación él se daba la vuelta y ahí perdía el rastro, para verme y retomar el paso...

Yo lo reencontraba siguiéndolo a él, cuando él lo perdía yo continuaba para que siguiera yo siguiéndolo a él.

"No importa si nos equivocamos".

Cuando yo perdía el ritmo como que me hacía bolas, y hasta se reía sutilmente, y él retomaba con brío.

"Sígueme..."

Fue impactante, ¡ENORME!, impresionante.

Nos reímos tanto cuando terminó nuestro baile con las manos, no podíamos levantarnos.

Pero sí, a través de mover el tronco, seguir más cerca la sincronía, la fantasía de dos niños especiales queriéndose expresar de manera genuina, auténtica.

Creo que esa vez me abrazó, nos abrazamos. Yo quise llorar pero me contuve, creo...

"¿Aquí mañana?"

"Aquí mañana..."

Antes sólo a veces me tomaba del brazo o de la muñeca. Alguna vez creo me abrazó del brazo.

Creo que algo le dio miedo, un sobresalto, mientras estaba yo viendo el camino.

Yo recuerdo que con una tenue sonrisa de apoyo pensaba: "¿Qué pasa?".

"Nada, nada".

"Bien".

Sonreía yo un poco más, y sí, con ternura fraternal de estar ahí con él.

Al cumplir yo los ocho, me corrieron de la escuela con malos tratos.

¿Qué pasó con mi amigo?, no lo sé.

Sólo sé que siempre hubo y habrá un lugar en mi corazón para él, si él se siente seguro en él.

Por siempre...

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 1 de Diciembre de 2024 y el 29 de Octubre 2025.

Dos Amigos Míos.

Basada en Hechos Reales.

No autorizo a que ninguna información proporcionada por mí en estos textos sea utilizada de manera médica ni clínica. No autorizo a que ninguna información extraída o proveída en mis textos, ninguno de ellos, sea utilizada médicamente en mi contra ni a mi favor. Esto es ficción, cualquier coincidencia o similitud con la realidad, como dijo el Chavo del Ocho: Eso, Eso.

Tenía yo alrededor de cuatro años de edad cuando mi madre a petición de una de mis tías me obligó a ir al parecer a una clínica de autismo para que me hicieran una prueba de inteligencia.

Como me llevaron a huevo es obvio que prueba de inteligencia mía, no de mi madre, ni de mi tía ni del personal de la clínica.

Eso fue en los 70s, el autismo en ese entonces no era la vaguedad e inespecificidad que se narra ahora.

Ahí conocí un menor algo más joven que yo tratando de armar un rompecabezas plano de madera, con triángulos oscuros grabados en el frente y en el tras de forma plana sobre una mesa.

Parecido en las piezas al tetris tridimensional, pero similar en la bidimensionalidad al tetris clásico, salvo la forma del rompecabezas que era diferente a un rectángulo.

Y había de varios tamaños...

Al parecer la idea era que yo ayudara a ese joven a armar su rompecabezas para que yo hiciera la prueba de inteligencia en contra de mi voluntad.

Ese joven mecía el tronco hacia atrás y adelante cuando se frustraba al no poder al parecer armar el rompecabezas.

Columpiaba sus piernas atrás y adelante sentado en la silla cuando se angustiaba, y a veces percibí que de alegría.

Su frustración, su angustia me movió a involucrarme en mi propia prueba de inteligencia.

Llegó un acertijo para él en el que me pareció se había quedado atorado.

Pensé no había salida: Me demostró que yo estaba equivocado.

Me sentí mal, me sentí envidioso y arrogante.

Continuamos como pareja armando rompecabezas, a veces trataba yo de ayudarle, pero creo que ni él ni yo nos sentíamos cómodos.

Mis desmemorias, eso ya va para 50 años.

Llegó un gran acertijo para mí.

Él sentado a la derecha de mí.

Al ver el tamaño e inferir la complejidad empezó a mecerse.

Busqué la manera de armarlo rápidamente y salir de la situación incómoda en la que ambos estábamos.

Me apresuré a armar el rompecabezas con ambas manos volteando y cambiando de posición algunas piezas.

Mi amigo siguió atentamente mis movimientos, la evaluadora cronómetro en mano se halló decepcionada: no era conveniente cambiar las piezas de posición, según ellos.

Me siguió de cerca pisándome los talones, hasta que llegué al final del armado del último rompecabezas dejando sin voltear ni unir una pieza en blanco en la orilla superior derecha del rompecabezas.

Mi amigo se inclinó a colocar la pieza faltante y con la mirada le indiqué que no lo hiciera, me recliné en la silla y él expresó un doble ¡Ah!.

El primero al percatarse que sí había resuelto el rompecabezas, antes de intentar él terminarlo.

El segundo ¡Ah! era entre dos ahora muy buenos amigos y cómplices.

Se inclinó también sobre el respaldo de su silla y empezó a balancear atrás y adelante de alegría sus piernas de niño.

Yo no podía...

Mientras el cronómetro seguía corriendo, la evaluadora decidió detenerlo y dar por terminada la prueba puesto que ni mi nuevo amigo ni yo íbamos a hacerlo.

Nos enfrentamos a esa parte del sistema y ganamos.

Le enseñamos nuestro dedo infantil a los que nos presionaron a hacer cosas, al menos en contra de mi voluntad.

Aún recuerdo a ese amigo mío con mucho afecto, aprecio y amor.

Resulta que me volvieron a llevar a que ahora sí terminara por favor el rompecabezas de manera voluntaria estando solo con alguna evaluadora.

Me negué...

Pero antes de entrar a negarme ahora sí de manera oficial e irrevocable de manera estrictamente personal pasó mi amigo tomado de la mano de un adulto.

Aunque iba de espaldas me percibió: volteó hacia atrás mirándome y me saludó con su mano.

Me derretí, no supe qué hacer.

Dijo mi madre por esos años, renuentemente, que mi coeficiente de inteligencia fue de más de 170.

Aclaro la prueba la considero inválida: esos rompecabezas tienen un aspecto artístico.

No tienen una solución única, hasta donde inferí en ese entonces las caras con triángulos las evalúan algo subjetivamente.

Especulo por eso ya no hacen ese tipo de pruebas.

Entiendo lo extremadamente frustrante que debe ser armar uno de esos bajo evaluación de alguien más buscando una solución única.

Tendría yo entre 6 a 8 años de edad. Todavía no estaba en la nueva primaria.

Entre los 5, 6, 7 tuve hepatitis y un codo roto.

A los 8 me cambiaron de Escuela.

Había varios abusadores en mi colonia, bullies en anglicismo, muy a mi pesar esa palabra usaré.

Dos de ellos gemelos de gran rodada mayores que la mayoría de nosotros menores.

Solíamos jugar canicas y estos cabrones se las bajaban.

En esos años tuve más de 10 peleas con distintos bullies, siempre bajo la temática de hacer difícil el abuso contra los más chiquitos.

Nunca pensé ganar, mi caso era oponer resistencia.

Narices sangrantes, ropa rota, raspones, cortadas, hasta un clavo enterrado en la rodilla derecha confundido con una cicatriz por cargar basura con vidrios rotos mal empaquetados con reprimenda de mi maestra Jamaiquina de inglés que porque la basura no se deja tirada en la calle.

Ceguera: Nunca se disculpó esa maestra por humillarme en mi casa cuando dejé la basura tirada en la calle para ir a lavarme la rodilla para que no se me infectara.

Pero como ella dejó clara su condición de que no iba a hacer trabajo doméstico, que como no era Gata, no quería la condición de Sirvienta, no se percató ni se disculpó por la manera en que me humilló: Siendo deshonesta en que ella me vio dejar la basura y fue ella quien la llevó a depositar en el camión de la basura, razón por la cual cuando salí a recoger la bolsa que transitoriamente dejé en la calle, la bolsa ya no estaba ahí.

Procedió con malicia para extraerme la verdad en contra de mi voluntad movida, motivada por no servir a nadie...

Nunca dijo la verdad: Yo me llevé la basura que tú dejaste tirada en la calle no sé por qué razón. Yo no quiero ser sirvienta de nadie, no quiero trabajar domésticamente porque soy Maestra de Inglés.

Eso hubiera sido erróneo pero honesto.

Fue mi madre quien amorosamente me explicó eso, no quería ser "Gata" de nadie, cuando yo traté de explicarle tras de que esa maestra me delató con mi propia madre.

Incluso me invitó a algún cumpleaños de uno de sus 3 hijos y/o hijas. Nadie de ellos quiso siquiera hablar conmigo.

Siempre sospeché que por el color de mi piel.

No me les acerqué por el recelo que percibí en ellos y le solicité a mi madre que nos retiráramos lo más pronto posible.

Yo no quería estar incómodo en una fiesta en donde no era bien recibido por la razón que fuera...

Esa ocasión mi madre accedió, no es difícil para mí que conozco mi historia con ella imaginar por qué.

Un día no sé de dónde llegó al campo de juegos y batallas un adolescente de aspecto militar.

Así lo recuerdo y así se queda mi narrativa de ese Mayor.

Me enseñó a tirar canicas de huesito, no con la uña, colocándola entre la falange media del índice y la articulación interfalángica del pulgar en vez de entre dicha falange y la uña pulgar.

Más efectivo, más eficiente aunque de inicio más molesto.

Gané muchas canicas de los niños de mayor edad.

Con los menores perdí muchas deliberadamente: redistribución de la riqueza robada.

Coincidentemente me hicieron un descuento en el mercado callejero local al comprar una bolsa llena de canicas negras punteadas multicolor: como pequeñas galaxias en la superficie de las canicas.

Casi todas las perdí con los niños de menor edad. Pero, funcionaron como carnada....

Uno de los gemelos tenía una canica, un moquito, con una nube verde tirando a Jade en el centro. Era su favorita, su preciosa.

Se la gané y cada vez que sospechaba pretendía bajarle las canicas a los otros niños rayaba su canica. Incluso llegué a martillarla, poquito. No cedía, no se cuarteaba hasta que le di muy duro y casi se rompe.

Cada vez que vio cómo evolucionó su canica favorita pude sentir cómo su corazón derramaba más lagrimas.

Después de algunas semanas se la devolví cuarteada y rayada y hasta ¡me lo agradeció!.

Empezaba a sentirme mal por eso.

Del Mayor no sé qué pasó. De mi amigo también lo ignoro.

Los niños dejaron por algún tiempo de jugar ahí, hasta que los yoyos y trompos se pusieron de nuevo de moda.

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 23 de Diciembre de 2024 y el 29 de Octubre de 2025.

Ella, Esmeralda.

Casi un alma gemela.

"Hubiera cambiado todo mi futuro por un futuro contigo, aunque fuera de unas pocas semanas para mí".

--Inspirada en el "Nombre de la Rosa".

Se conocieron un día de primavera, él de 15, ella de 14.

Ella de piel morena, cabello rizado, una sonrisa franca, una figura y un porte espectacular.

Él, pues pasable, mera belleza efeba convencional…

Para él, una atracción inmediata: "No andaría conmigo, es demasiado hermosa… Y algo más joven que yo".

A través de un intermediario algo despreciable, de baja moral, calumniador, duplícito, se hicieron novios. La condición entre el intermediario y él, la apuesta incluso era que fuera buena estudiante, no podía a los ojos de él, por el noviazgo todavía no acordado, descuidar sus estudios.

La víbora la quería para él. Cizaña, quiebre, presa fácil. Trabajando a ambos con mentiras, calumnias, bajezas, se lo hizo a ese joven más de una vez. A un amigo de ambos al menos una vez: "Me hizo lo mismo a mí", "A ellas también".

Falló.

"No confíes en él".

"Quiero que tú hables directamente conmigo, no a través de él."

Sorpresa, una pregunta: "¿Qué le dijiste?".

El joven casi se abalanza con un grito de "Te amo, gracias por entenderme, por confiar en mí".

"Que te pidiera una amiga de intermediaria entre tú y él, 'igual y se hacen novios', dijo que no tenías amiga".

"Sí tengo".

"No confíes en él, habla directamente conmigo. Si no te busco no es porque no me interesas, es porque te respeto y no quiero distraerte de tus estudios".

Para él, personas de sus condiciones socioeconómicas no tenían otra opción que destacar en sus estudios y esperar lo mejor.

Así fue en parte para él. La mala fortuna y las malas intenciones de personas e instituciones alérgicas a la decencia, a la honestidad y a la legalidad lo hicieron claudicar de la medicina. En dónde fue muy destacado en sus estudios, cuando menos…

La víbora estalló, el resto del año escolar despotricaba, insultaba, golpeaba, ¡bufaba!. Las jóvenes de menor edad no iban a hablar con él. Planeaba regresar pateado fuera de la escuela para hacerlas presas de su fanfarronería, de presumir los bienes que no eran de él. El no preparatoriano con un buen carro que no era de él, afuera de una secundaria. No le funcionó, la palabra corrió, por toda la escuela.

Que lo hubieran reprobado hubiera sido una bendición para él, otra oportunidad de predar sobre esas jóvenes. ¿Quién le ayudó a pasar?, adivinen...

La víbora sin tener siguiente escuela, sin poder hacer nido, tenía que irse, ardió en cólera y se agarró de ese efebo, buscando la venganza.

El intermediario no intervino más. “Chica lista que pudo entender las malas intenciones de un falso amigo”, intrusiones amistosas de testigas jovenazas de un pasado no tan distante.

Sólo ella podía acordar cuándo se acompañarían, él no podía presionar, ni siquiera pedir tal cosa. No que no quisiera, no que se diera a desear, su amor no podía demandar, a veces ni siquiera pedir.

Libertad, libertad… y completa disponibilidad.

Era hijo único y vivía a los fines, solo...

Se encontraron un sábado ya como novios. Extraño encuentro siendo el primero de una relación que para él lo hubiera llevado al compromiso eterno de buscarla y encontrarla aún si fuera tronando las puertas del infierno.

Pensó que había una aspiración flotando: “Para siempre juntos”.

Siempre es mucho tiempo, no estaré ahí, y cuando no esté aquí, quisiera que ella fuera feliz, aún si estuviera con otro o en un más largo curso con otros.

“No estaré ahí”, cruel promesa hecha a un niño por un cruel destino que le juró: “Es tu última vez, ya sabes como funciona, te extinguirás, como en su momento todos los demás. Ya lo has visto, has estado ahí cuidando a los que lo han visto. Sabes que quien sigue no puede tener ayuda”.

“No es cuestión de mérito. Tus logros y tus males son inconsecuentes a tu resultado final”.

“No hay ya con qué atar el tejido que une tu existencia presente con la pasada, ni con una subsecuente”.

“No estarás ahí más porque el hilo que constituye tu existencia, que moldea y a veces condiciona tu presente, ése no puede tejerse más allá de esta mortalidad”.

“Has vivido muchas existencias pasadas, vagos recuerdos, precisamente porque lo que conecta esas memorias con la de tu presente se está desmoronando. Te estás extinguiendo aceleradamente más de un día a la vez. Una vida al día de tu pasado se desconecta del futuro en el que no estarás”.

“No te queda más que aceptar que así es, y abrazar tu extinción. No puedes prometer algo que no está en tu mano cumplir”.

“Acepta tu existencia como ha sido y como es. Ya sabes qué sucede si pretendes continuar tu camino entre oscuridades. Nadie te lo advirtió, ya viste lo que sucede si te reúsas a seguir tu destino”.

No estaré ahí. Solo aquí, con ella, tanto tiempo como sea posible…

Sin hablar mucho, de camino a casa hasta el verano, en besos, abrazos y caminando de la mano se sintió feliz.

Sospecho que ella también.

Escenas censurables allá en la primera mitad del siglo veinte. ¡En plena calle!, claro, donde las tías visiblemente agazapadas a través de su ventana pudieran darse el taco y sentir la envidia de

solteronas, aparentemente, que lógica y emocionalmente esa relación, mal llamada levemente “interracial”, debió provocar.

"¡Jesús, María y José!", alguna beata debió proferir ante tales escenas en plena calle.

¡Ah, los ochentas!.

Amor e intimidad, una exploración, un encuentro, de dos personas hechas literalmente el uno para el otro.

“Amor de adolescentes, inmaduro”, clamaría una psicóloga de comportamiento antisocial y severa misandria. Hasta de comportamiento ilegal, “Consígase un abogado”, le dijo el ministerio público, al pretender denunciar delitos en los que, inferiblemente, ella cometió, participó, encubrió y/o propició. Así de tonta, odiante y psicopática. No sería materia de crímenes de altos vuelos, mera impunidad que el grado de maestría concede sin mayor reflexión que la naturaleza non da.

Pajarraca quizás herida por la violencia machista, que ve machos dónde sólo había uno de los mejores caballeros. O bien un nicho en el mercado que su “personalidad” podría llenar cabalmente, quesque sexoterapéuta.

¡Pfff!, una sexoterapéuta misándrica, de aspecto criminal, ilógica y severamente desconsiderada de la dignidad de los demás.

“Es difícil ser la oveja misándrica de la familia psicopática”, paráfrasis apta de la sabiduría popular femenina. “Para los varones”, añadiría algún comentarista.

Intimidad, decir sin hablar, sentir sin tocar, entender sin oír, ni con el pétalo de una rosa.

Nuestro joven en comento nunca la celó, nunca la acosó, nunca le exigió ni le demandó. Nunca buscó ofenderla, ni minimizarla. Cuestión de respeto, su amor no demandaba, sólo recibía.

Completa disponibilidad.

¿Cómo no podría sintiéndose indigno de pisar el suelo donde ella caminaba?.

“Se fijó en mí. Quiso andar conmigo. Es increíble…”

A veces, “sólo caminamos a casa, tengo que estar lista porque me voy rápido a casa”.

Para, aparentemente de último momento, perderse en abrazos y besos, que hasta al más estoico o estoica debieron causarle alguna hidratación fuera de lugar, cuando menos. ¿Hermosos, jóvenes, enamorados e íntimos, cómo no derretirse ante tal escena?.

Eufórico entonces iba el muchacho a casa, flotando entre tulipanes, rosas, azahares, claveles y gardenias sin más que el aroma y el sabor de ese cuello difícil de no apreciar…

Alguna vez él reaccionó a algo que sintió ella que como el rocío lo inflamó a él. Difícil interpretar sin más qué pudo haber sido, ¿una intimidad emocional que cruza a lo carnal sin más que los besos y abrazos?. El joven sin físicamente retroceder, sin mayor excitación que el amor y la necesidad de cubrir ese amor con la seguridad que les dió la intimidad, quiso hacerle saber que todo estaba bien, que era normal, que él no iba a abusar de ello.

Un espacio seguro para los dos… una intimidad por expandir… una intimidad todavía más profunda, que paradójicamente por algunos momentos hizo en varias ocasiones de los dos uno... sin cruzar la línea que separa lo emocional de lo carnal…

Las almas se juntaron, los cuerpos no...

Sospechablemente, el inicio no fue tan respetuoso, esa primera cita un torpe, burdo, grotesco y salvaje, aunque suave manoseo en sus piernas fue la única falta de respeto, la única transgresión de la intimidad de esa extraordinaria relación a tan tierna edad.

Imagino que ya viejo ese joven debe seguir arrepentido y sin poder disculparse…

"No contestó el mensaje"...

Quizá de ahí la completa disponibilidad, se sabía culpable y no quería perderla.

Dicen, no me consta, que tal intimidad es natural a otras personas. No para él, no para él…

Como otras ocasiones habidas y por haber, la mala fortuna, esa calamidad rodeando al joven se apareció. Él al bachillerato, ella aún en la secundaria.

Sólo camino a casa ese noviazgo era factible.

El joven, anómico, no recuerda su nombre. Ella no dio dirección, no dio teléfono, no habló de su madre, de su familia, de sus aspiraciones, de sus sueños, de su pasado.

Sólo el aquí y el ahora, sólo un camino a casa lleno de intimidad, de amor, y de respeto.

Los horarios serían problema, no sé mucho de ella, somos muy jóvenes, el matrimonio está inalcanzable. Tardaría años en ser posible. ¿Cómo continuar la relación?.

¿Y si no podemos vernos más por los horarios?, ¿y si ni siquiera esos 15 a 30 minutos estuvieran ahí aún si en el calendario lo estuvieran?.

Quince minutos lunes a viernes en temporada escolar era todo para ellos.

El futuro no auguraba más y muy probablemente mucho menos…

Entre trámites el joven le dio vuelta a la circunstancia, no halló compromiso posible con ese futuro que en algún momento deseó literalmente para siempre, para siempre…

Como en un inicio, las tías lo interceptaron para conminar al entendimiento que alivie a la joven de la angustia, de la incertidumbre del futuro de esa hermosa relación. El sufrimiento del joven inapreciable...

"¿Qué intenciones tiene con nuestra sobrina?". 40, 40 contra solo 15 y tipo de luchadoras.

"Ninguna", debió sorprenderles.

"Es una chica muy especial".

Hum, pensó, eso no suena muy halagador de ella. "Por eso ando con ella". Doble confusión oracular.

Chatarras más peroratas menos así quedó. Aparentemente la madre había aprobado la relación después de un encuentro accidental que reveló la relación. Sonrisas cómplices de miradas que se cruzan cuando se llevan a la joven a su verdadera casa...

Casi pudo oír el joven esa historia, un susurro de intuición de las tías: “Esa madre no sabe nada, es terrible”, imaginó el joven.

También imaginó: “Par de solteronas agrias que desprecian a la madre de mi novia”. Le cayó bien su suegra aún si nunca habló con ella.

“No la vayas a lastimar”, fue la única petición.

“No es mi intención”, ¿lo pensó o lo dijo?. Triple...

Semanas, pocos meses, dulce amor, íntimo, único, especial, irrepetible para él.

Interceptado de nuevo, pues no se había presentado en semanas...

"¿Vas a hablar con ella?".

“He estado pensando y creo que ya puedo hablar con ella”.

“Pues habla con ella”.

Al parecer otro día se topó con ella. Esa alegría de no haberla visto en mucho del verano y encontrarla ahí se contuvo ante la infausta situación. De lo que iba a venir...

Buscando juntos tal vez habría una forma de seguir juntos, o de seguir buscando.

Honestidad: No creo que podamos seguir juntos. Los horarios...

Abriendo los ojos una sensación de catástrofe envolvió a la joven. Terror en su mirada, no el dolor de no verse más.

Muy especial, sí, tal vez como él.

“Si soy yo no importa, sólo consolarla, decirle que estaré bien, sea lo que decidamos”.

Al pretender dar el paso la catástrofe lo golpeó a él. Inmóvil, con el corazón agarrado por la muerte que le susurró en su manera muda característica metafóricamente analfabeta: “¿A dónde vas?”

“No soy sólo yo, es también ella, ¡somos los dos!”.

Se dobló casi imperceptiblemente, el dolor era muy grande.

“No puedo buscarla, ni siquiera para consolarla. Una vez, ¡sólo una vez!”.

“Decirle que podemos ser felices solos o con alguien más”.

Se redobló, el dolor creció, casi se desmaya.

“¡¿A… dónde… vas?!”

Como pudo se incorporó, como pudo, sin sentir otra vez el dolor de no verla más, de no volver a buscarla, de no poder encontrarla, sólo el dolor de perderse ambos, caminó la cuadra. Se detuvo en el semáforo y sin voltear atrás no la vio más.

Para él fue la única relación en la que pensó en los dos, carente de toques de egoísmo. Siempre los dos y nadie más...

Durante años añoró verla, en una esquina, en una combi, en el metro…

Ya en el bachillerato, al llegar la nueva generación deseó verla ahí.

“Hablaría con ella, le diría que tengo novia, sería honesto y quizá podría hacerle saber que no la he olvidado, que no la olvidaré jamás. Y si, de nuevo tengo suerte, tal vez estaríamos juntos otra vez”.

No sucedió…

Cuenta ese joven, ya cercano a esa última mortalidad, que en un sueño alguien parecido a esa joven, algo más grande, no más de 4 o 5 años, se despidió con un último beso. Acordado cuando fueron novios sin decir palabra.

“Este es nuestro último beso”, pensó él.

Eso pensó ella también...

¿Memorias?, ¿Confusiones?, ¿Anhelo?. Quizá, dicen que en el proceso del buen morir los “seres” queridos visitan al que ya se va.

Y como nuestro joven tiene escasos muy queridos, ella es una, pues la conjetura se da…

Su hijo, espero no lo visite así...

Quedó herido, cuenta ese joven que muchas veces esa herida nunca cerrada dolía más de lo habitual. Nunca supe si lo decía con orgullo, imagino que siendo lo único que le quedó de ella más allá de sus recuerdos, no querría en su insano juicio cerrar esa herida, ni dejar de sentirla aunque fuera cuando en cuando alguna vez…

Cuenta que incluso a veces le dolía sin acordarse claramente.

Cerrar la herida sería como morir sin ella, como no haberla

conocido, como haber vivido sin encontrar su alma gemela, aún si hubieran tenido que separarse para preservar vivos el profundo íntimo amor que tuvieron.

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 1 de Diciembre de 2024.

Compadres.

A la memoria de "Antoine", ????-1982(ca).

Permito únicamente de forma limitada algún uso religioso de este texto, queda a mi criterio su pertinencia.

Esta historia está basada en hechos reales. Obvio, a la distancia, mis recuerdos no son lo que hubiéramos esperado. Pasé años sin poder recordar, a veces caminando sin sentido, buscando a mi compadre, después que él había fallecido. Era mi compadre, mi amigo, un niño de la calle, con una historia que contar que en parte se había perdido. Solo, a veces no aceptado por otros niños de la calle. A veces, mi faro, mi luz que indicaba que yo también estaría ahí para verlo otra vez. Y eventualmente lo perdí. A veces, tiempo después, esperaba verlo ahí, para luego darme cuenta de que nunca lo vería más, nunca estaría él ahí, ni yo ahí para él.

Mis padres nunca quisieron tenerme, fui un niño no deseado, un niño no planeado, un niño no querido, un niño odiado simplemente por haber nacido.

Como ambos estudiaban y trabajaban me dejaban solo por las noches, abandonado en la falsa ilusión de que una cerradura me mantendría seguro mientras ellos estaban en otro lugar.

No fue así.

Narraré fuera de orden, no puede ser de otra manera, lo que viví solo en ese departamento, esperando a mis padres para dormir seguro cuando alguno de los dos llegara pasada la media noche o de plano en la mañana o de madrugada.

No puede ser de otra manera, pero ésta es la historia de mi

compadre y yo, y de otro niño que logramos regresar a su casa sin tener puta idea dónde vivía. Así fue: yo lo llevé a su casa sin saber dónde vivía.

Y aunque parezca que siento lástima por mí, que lloro por mí, no es así.

A mi compadre le fue peor que a mí…

Una vez, un rufián de alrededor de mi edad, tendría yo 4-7 años de edad se metió por la parte trasera del departamento donde yo pretendía dormir, claramente me dijeron alguna vez que yo no vivía ahí.

Como ya tenía experiencia con este tipo de malandrines, pues cambiaba de lugar en donde dormir, esa vez desarmador en mano izquierda y cuchillo en mano derecha le permití descender por una rendija por la cual solo cabían menores de edad.

A veces trataba de dormir en ese lugar debajo del lavadero y detrás de la lavadora.

El niño creyó yo estaba dormido, creo sin poderme ver le enseñé el desarmador, él se rió porque traía un picahielo especialmente afilado.

Los picahielos eran relativamente romos, los de esos rufianes eran muy puntiagudos, artesanales, más fáciles de usar para herir a alguien, a veces de forma lenta pero mortal.

Mientas él evaluaba como llevarme a la puerta para que me secuestraran y me llevaran con abusadores sexuales de menores para que a esos 6-8 niños los dejaran en paz, le aproximé sin que se diera cuenta el cuchillo en mi mano derecha a su garganta, en vertical, filo hacia arriba, sin hacer gestos, hasta que sintió la

presión en el piso de su cabeza donde se une con su cuello en su parte anterior.

Brincó hacia atrás de temor, abandonó el picahielo y salió por donde vino.

Regresé a tratar de dormir, pero no pude, tomé el picahielo con el desarmador y lo puse en el cuarto de herramientas debajo de la escalera. Dormía yo en ese departamento de la planta baja y ese departamento tenía tal privilegio: un cuarto extra debajo de la escalera.

Algún tiempo después mi padre lo encontró e hizo todo un escándalo, contaminándolo siendo evidencia de un delito, temió por su vida pero no por la mía.

En algún momento se percató que algunos niños casi lo sorprenden metiéndose mientras él estaba en la casa por el mismo lugar y al parecer nunca se ocupó de que así como lo asustaron a él, pudieron haberme matado a mí.

A veces al llegar él me quedaba dormido: en el cuarto de lavado, la llamada zotehuela, en el cuarto de herramientas debajo de la escalera, en el closet a mitad de camino colgado entre dos colgaropas horizontales, donde pudiera escapar si alguien me buscaba en la cama donde supuestamente yo debía dormir.

No sólo encontró el cuchillo varias veces, sino que temió que yo lo matara, en ese entonces no supe porqué, ahora imagino debió creer que su maldad en contra mía de alguna manera era motivo para yo ser malo con él.

En otra ocasión dejé entrar a los 6-8 cabrones a la sala de ese departamento, teníamos un librero con herramientas atrás del que me escondí abajo de la escalera, la puerta no podría abrirse

completamente de manera que tendrían que entrar uno por uno, y morir, uno por uno si acaso entraban todos, seguramente no, pues eran miedosos.

Pensé en matarlos a todos, pero, ¿cómo explicaría 6-8 menores en la sala muertos a puñaladas?, tendría que huir, y ¿a dónde iría si no con el crimen organizado?. No tenía yo ni 10 años de edad.

En otra ocasión, ya entrada la noche, un adulto vestido de traje oscuro, delgado, alto con zapatos de suela dura se acercó a mi departamento, yo lo estaba observando a través de una pequeña rendija de mi ventana, al acercarse a 2-3 metros de la puerta terminé de cerrar mi ventana fuertemente, bajé la manija y salió corriendo.

En otra ocasión de igual caminar con esos zapatos, mirándolo a través de la rendija de la cerradura, se acercó a la puerta y cerré el tornillo de la puerta, de manera que ni aún con la llave pudiera entrar.

Sospecho esos niños trabajaban para él.

Seguramente hubo más cosas, varias veces simplemente me salí y caminé por la calle, estaba más seguro ahí que en ese departamento donde yo dormía, solo, por la noche, en peligro inminente...

No era cuestión de sentimiento, de opinión, de por qué no me sentía seguro. Cualquiera con la oportunidad: todas las noches, los motivos: abuso infantil, y los medios: una llave, ganzúas, o niños rufianes.

No sólo podían abusar de mí y matarme, sino hacerlo una y otra vez o venderme en el mercado de abuso sexual infantil.

Eso es objetivo, no es cuestión de cómo me sentía yo, no es cuestión psicológica ni subjetiva, no es cuestión psiquiátrica, sino en qué situación estaba yo. Esos son hechos, no opiniones ni sentimientos.

Esa es una situación de peligro inminente objetivo todas las noches para mí, mientras intentara dormir en ese departamento solo por las noches.

De manera que una noche, cansado, fastidiado de la indolencia de los dueños de ese departamento, cerré la puerta con el tornillo que impediría a cualquier persona entrar incluso con la llave, atranqué todo y dormí a pierna suelta, al menos por algún tiempo.

Por la mañana escuché una pareja discutir afuera de ese departamento que el masculino, no varón ni macho de la relación le dijo que algún menor efectivamente estaba adentro de ese departamento donde cohabitaban, y que lo sabía porqué ese menor dejó la ventana cerrada por dentro.

Que el masculino durmió "toda la noche" en la calle y al percatarse que la femenina, no la dama, no la mujer, llegó de mañana en vez de por la noche no me quedó duda: lo gritaron honestamente.

"¿¡Y por qué chingados llegas a ésta hora!?, ¿qué estabas haciendo?, ¿Dónde estabas?".

"He estado hablando con un médico".

"¿Toda la noche?".

"Ven, vamos a un Hotel a que descanses y te explico".

Como estas personas me resultaron irreconocibles, esperé se fueran, desatornillé la puerta y salí por la ventana trasera.

Regresé por la noche y ahí estaban esos dos adultos.

La femenina me dijo: “Esta es mi casa”.

El masculino se sorprendió y la femenina corrigió.

"Aquí vivimos él y yo".

Tras lo cual abandoné la plática y me fui a dormir.

Esos adultos, eran mis padres…

Si eso hubiera sido una prueba psicológica o psiquiátrica me torturaron.

Nunca dijeron tú también vives aquí. No dijeron mereces más que nosotros dormir seguro y en paz. Nada de eso.

Si eso hubiera sido una prueba me torturaron para extraerme la información de que no pensaba matarlos, que no los odiaba y que además aceptaba su odio, ni siquiera su desprecio. Eso es tortura, no hay duda, si esa hubiera sido su intención y su proceder.

¿Qué tiene eso que ver con mi compadre?.

Todavía nada, eso requiere mayor contexto.

Yo fui un niño intrépido, escalé árboles, me columpié de ellos, brinqué de ellos, me abracé de ellos, brinqué bancas, caí en posiciones extrañas, a veces sin recordar como caí así, ni porqué.

Invadí casas, caminé por bardas, incluso ciclónicas.

Casi me caigo de una ciclónica y abracé un ciprés que descendí sin lastimarme hasta que cerca del piso me aventé al piso y fingí mi muerte.

--"Ah, muero..."

Cada conjunto de bancas era una oportunidad de planear algo, ver el fallo, fallar de otra manera y salir ileso en cada caída.

Nunca me rompí un hueso por eso, nunca.

Cuando me rompieron el codo fue para guardar el secreto de lo terrible que había hecho, tuve que fingir que no podía hacer nada, que era un inútil.

Pero, a mis 6-7 años de edad removido el yeso, ya recuperado de una lesión por no usar el brazo derecho por meses, escalé una alta malla ciclónica para celebrar.

Casi me caigo, di un giro, me clavé en el pie a través de la suela una púa de esa malla en su terminación superior y abracé el poste que remataba la malla ciclónica, situada en alguna calle, no recuerdo dónde.

Dado que eso no era gran logro, decidí saludar a todos los que manejaran por ahí, sin distraerlos para que no chocaran, para que no lastimaran a alguien más.

Noté que parecía que me notaban, hacían gestos pero buscaban algo en el camino sin voltearme a ver: aguzando la vista hacia donde conducían.

Así que decidí mover cada vez mi brazo derecho más ampliamente de arriba abajo, de lado, hasta que me notaran.

Un adulto me notó, le indiqué que se fijara por dónde manejaba, siguió manejando y se detuvo como a 10-20 metros.

Bajé de prisa la malla, me escondí atrás de un carro, me asomé, lo saludé de cuclillas con mi mano izquierda escondido detrás del carro.

Asomé mis ojos, volteé a ver que no hubiera tráfico detrás de mí y lo saludé, asomé mi cara, me escondí, asomé mi cara y lo saludé arriba abajo en lateral con mi mano izquierda, sonreí y me retiré de ahí.

Ese fui yo.

También conocí una cuarteta de luchadores que pasaban por donde yo vivía o por donde convivía con niños de la calle.

Obvio, jugaban con nosotros, a veces nos aventaban, y a mí me encantaba.

Total que yo tenía un sueño, una ilusión: subirme a un tubo de un solo brinco y casi caerme de él, bamboleando atrás y hacia adelante, opuesto como lo hace un equilibrista.

No lo logré.

La vez que lo intenté me desmayé antes de brincar al tubo, tropecé, me lastimé el bazo, giré sobre la malla ciclónica y el tubo, caí sentado y con las manos palmas arriba al lado de mi cuerpo, cabeza gacha experimenté paz, pura luz, la nada, sin dolor, sin pena, ni gloria, nada, sólo paz.

Obvio, uno de esos luchadores bastante empático me ayudó a recordar qué pasó, que me lastimé el bazo y que no podría por

meses más que vivir encerrado en ese departamento a riesgo me sangrara el bazo y muriera si procedía de otra manera.

La pasé, y es ahí donde entra mi compadre. Es ahí donde nuestras vidas sobreviviendo el abuso de los adultos se reencontraron y se complementaron.

No recuerdo dónde ni cómo conocí a mi compadre.

Pasé tantas tardes y noches en la calle, que no recuerdo dónde.

No vivía yo en la calle, simplemente a veces, era mi mejor opción.

Fui buen estudiante, nunca causé problemas, creo ninguna maestra tendría queja genuina dentro de la escuela de mí.

Queja genuina, no sus imaginaciones.

Pero, un día una adolescente, yo era todavía un niño, se me quedó mirando raro, sonriente mientras iba al Aurrerá de Lindavista, después Superama, cerca de donde yo vivía.

Paso frente a la puerta y ahí estaba mi compadre.

Con una estopa con thinner en la boca, pero, ahí estaba.

Yo no podía creerlo, quise correr a abrazarlo, volteé hacia los lados para ver si estaba en peligro, y no, no parecía estarlo.

No pude reunirme con él en ese momento, mi familia, había una tía, varios primos y primas además de mi madre, no aprobarían y armarían pedo por eso.

Como no recuerdo claro el pedo de mi compadre y yo, narraré muy probablemente en desorden lo que yo viví con él.

No puedo narrar claramente lo que él vivió porque nunca me lo dijo y yo nunca le pregunté.

Pero, a mi compadre los niños de la calle lo rechazaban porque les parecía jotito.

Por eso siempre me encabronó eso: jotito, marica, afeminado, etcétera.

Pero, aunque a veces me hervía la sangre, pues, me contenía y finalmente todos estábamos en el mismo barco, aún si yo "tenía" un departamento con padres fingidos y postizos que me permitían dormir ahí, aunque fuera inseguro para mí.

Yo siempre fui ingenuo en algunas cosas.

A mi compadre lo acompañé varias veces a quedarse con personas que nunca supe cómo las conoció, esperé a que se sintiera seguro, y a veces ante la duda seguí esperando.

A veces salía pitado de ahí, y en al menos dos ocasiones lo tuve que cachar de algún piso superior, una vez lo rodé al piso y se dolió de ello.

Otra vez, antes de que yo lo intentara me pescó del cuello con sus brazos y no pude rodarlo. Ah, cómo me dolió la espalda.

Pero no siempre fue así, a veces duró algún tiempo con esas personas.

Pedí que viviera con nosotros, pero su adicción a los solventes sería problema. Especulo eso debió ser problema con otras personas. Mis padres no aceptaron tampoco.

Pero, a fin de cuentas, yo sí estuve ahí con él hasta su fin.

Especulé sería problema para él, con ese estigma, un refugio religioso.

Pero, para él eran esos mil pesos con el que pensaba yo intentar convencerlo que lo intentara, nunca se lo dije porque si fallaba lo decepcionaría, los mil pesos me los robaron y nuestro futuro se estrechó, quizá sin marcha atrás.

A veces alucinaba bien cabrón, tenía malos viajes, y por fortuna o inspiración llegaba yo cuando se ponía muy loco, no siempre, inferí de las sonrisitas de los otros compadres, los otros niños de la calle que ya más familiarizados decidieron no maltratarlo más.

Una vez cuchillo en mano, alucinando me acerqué entre todos los otros niños, se calmó, y le dije: no necesitas dejar el cuchillo.

Nos abrazamos, nos sentamos y no recuerdo qué más pasó.

Él me enseñó lugares donde pasaba algún tiempo con alguien, yo iba y lo dejaba, esperando alguien lo acogiera, le diera refugio, lo quisiera, lo aceptara, lo amara, como yo no podía.

Yo sólo podía estar con él en la calle, cuando yo podía, y él estaba ahí.

Podía defenderlo ahí, podía esperarlo si algo salía mal por un corto periodo de tiempo, podía abrazarlo, llorar con él, compartir con él, pero hasta entonces nada más.

Así lo amaba yo a él, él era mi amigo, mi compadre.

Como nuestro camino juntos se estrechó, un día que los dos temimos, mi compadre me esperó.

A veces salía yo corriendo despertando a media noche sin saber por qué para alguna emergencia, a veces nada, falsos positivos.

Pero ese día sabíamos sería su último día sobre esta tierra y el último día de nuestra amistad física.

Nos sentamos, sacó un churro de mariguana, yo sabía había estado esperándome, tenía su thinner, su bolsa de papel, de plástico, su estopa.

-Compadre no mames, ¡vamos a volar!, ¡siquiera pon el thinner más lejos!.

Prendió su churro, para un buen viaje, platicamos, como siempre lo hicimos, bromeando, dicharacheros, pendejadas.

Casi al terminar me echó el humo en la cara.

-Cuidado con el churro y el thinner compadre…

Puso su estopa en la bolsa y comenzó a inhalar.

No sé cuánto tardaría, pero ahí estábamos sentados, abrazados, pegados a la pared.

Con la bolsa, el inhalante y el bióxido de carbono se le hizo más fácil fallecer.

Lentamente bajó la bolsa, se quedó en su muslo derecho y calló dormido.

Dejó de respirar.

Corto tiempo después le tembló su hombro derecho donde lo

tenía abrazado, su antebrazo y mano izquierda quedó entre mi espalda y la pared, lo abracé más fuerte con mi brazo derecho y dejó de temblar.

Falleció, y yo también me rendí.

Al despertar mi compadre estaba muerto.

Creo lo dejé en posición fetal espalda a la pared.

Caminé sin rumbo, ido, sin sentido, sin poder llorar, tenía yo nueve años de edad.

Me detuvieron otros niños de la calle, afortunadamente no los golpeé, seguí caminando.

Alguno de ellos gritó "¡El último viaje! ¡El último viaje!".

Me llevé las manos a la cara, intenté llorar y no pude.

Seguí caminando e imagino alguno me siguió hasta que yo llegara seguro a mi casa y los otros lo buscaron a él.

Al día siguiente tenía que llegar a la escuela, oliendo a thinner y mariguana, sin expresar nada de lo que había pasado y dolido que mi amigo no tuvo más que quitarse la vida para no sufrir más.

Pasó algún tiempo, no sé cómo lo fingí, pero, una noche llegué con esos niños, ya algo mayores porque había un niño de unos ¿5? años de edad, perdido, que no quería ir a la Policía y era perseguido por los abusadores sexuales de menores.

Busqué a mi amigo y recordé había fallecido.

Dejaron un arma para que yo cuidara de ese menor esa noche.

Llegué con él y platiqué con él.

Imaginé a alguno de sus padres se lo llevó la Policía y por eso no quería ir con ellos.

Imaginé amenazó con irse de su casa, lo despreciaron, se fue y se perdió.

Como era de noche, no había mucha esperanza de regresarlo a casa hasta que fuera de día sin recurrir a la Policía.

Así que, me quedé con él hasta que amaneciera, guardándolo de esos abusadores de menores, y en la mañana ya veríamos.

Al parecer le gustaban los payasos, me pellizcaba la nariz.

Lo tenía yo abrazado sobre mis piernas, de alguna manera me tuvo confianza.

No recuerdo si hice alguna payasada para que se durmiera, no lo dudo, pero no recuerdo claramente, no obstante en algún momento me preguntó mi nombre, le dije ¡Federico el Payaso!.

Me dijo que los payasos no usan lentes.

--Algunos payasos sí y ¡brillan en la noche!.

Se quedó dormido y al amanecer lo llevé a casa.

Batallamos, por aquí, por acá, había una casa verde, es aquí, es por aquí….

En algún momento se le prendió el foco, pero fue ahí donde dio

la vuelta equivocada.

Le dije es por aquí, él dijo no, por ahí.

Le dije que si nos equivocábamos podríamos regresar e intentarlo a su manera, pero que yo creía era por ahí y finalmente podríamos volver a intentarlo,

--"¡Es de día! Y podemos intentarlo otra vez si me equivoco".

Aceptó y al poco tiempo casi me tira de un jalón, reconoció su vecindario y llegamos a su calle, le dije:

--Mira, no corras porque te puedes tropezar, yo no puedo llevarte hasta tu casa, ¿Estás seguro esa es tu casa?.

--Sí, ésa es, ¡es esa puerta café!

Todas las puertas eran cafés…

--Bueno, camina, despacio, toca y yo te veo…

Caminó decidido y yo tuve que correr a la esquina con una calle perpendicular intermedia para fingir que venía de otro lado.

--¡Mamá!.

Volteé y entró a su casa.

Si era su madre o no, ya no era cosa mía, quedó a cargo de algún adulto y pues ya verían.

Imagino que no, que sí era su madre, y que por alguna razón, mi compadre y yo logramos que ese niño no terminara huérfano, la madre pudiera haber sido responsable de perder al niño después

que al padre se lo llevó la policía.

Haya sido como haya sido...

De mi compadre no supe mucho, entre dicharacherías, sueños y susurros mientras estaba drogado o dormido especulo su madre y su padre lo quisieron mucho. A veces dormido expresaba amor por sus padres de una manera que yo no hubiera podido.

No creo expresara algún deseo no satisfecho, creo genuinamente amó a su madre y a su padre y los perdió.

Imaginé perdió primero a su madre, luego a su padre, aunque es más probable que haya perdido a ambos al mismo tiempo y quedó en un orfanato de donde lo sustrajeron o lo sacaron para luego abandonarlo en la calle, incluso de un orfanato fuera de la Ciudad de México, entonces Distrito Federal.

Por alguna razón el Colegio Mier y Pesado me recordó ese orfanato, aunque nunca pude elaborar por qué.

Yo odié los zapatos de charol por eso, algo le recordaban.

Al parecer escribía en francés, pero con los solventes su escritura era peor que la mía y la mía era terrible.

Recuerdo alguna vez escribió francois entre otras cosas y dijo me faltó algo, le añadió la cedilla para volverla françois.

Así que imaginé, no puedo afirmarlo, debió venir de alguna familia privilegiada, educada, con recursos y por tragedias de la vida, como el abandono por un miembro de su familia que lo recogió del orfanato, terminó en la calle adicto a los solventes.

Y sin poder escapar, sin nadie que lo pudiera cuidar.

Yo nunca vi a nadie recogiendo menores en la calle, nunca vi camiones del Padre Chinchachoma o de su par ofreciéndose a recogerlo a él.

E imagino que su forma de comportarse, hubiera causado problemas en esa fé católica odiante de la homosexualidad aún si mi compadre simplemente por su edad no hubiera podido serlo.

Yo no afirmo que él fuera tal o cual, no podría, él nunca lo dijo, yo no le pregunté, no me importó: era mi compadre chueco o derecho.

Pero sí puedo afirmar porque me consta que la sociedad lo hubiera visto como homosexual desde nacido y creo él ni siquiera hubiera podido entender o afirmar que lo fuera o no.

Esa fue una de las razones por las que siempre estuve en contra de esas mamadas que uno nace tal o cual: yo dudo que mi compadre hubiera afirmado que nació tal o cual.

Pero, en eso, yo que sé.

¿Qué fue eso para mí?.

Eso: un Privilegio.

Un Privilegio que esas escaladas, esas caídas, esos brincos, esos golpes, esas amistades me facilitaran ser su compadre, su amigo, el último o el único que estuvo ahí con él cuando decidió abandonar la vida porque no le dieron otra salida.

Por eso en parte no me gustan las despedidas, los abrazos de grupo.

No tuvimos una despedida formal y ahí estuvimos.

Los niños de la calle me dieron un abrazo de grupo tras su muerte, lloré amargamente y no me ayudó a sentirme mejor, lo agradezco, pero no me ayudó lo suficiente, quizá, porque no lo ayudó a él.

Sé que no fue culpa de los otros niños de la calle y después de un tiempo hicieron todo lo que pudieron por él y por otros, lo sé, pero a mí me dolió y hasta ahora me rehuso a dejarlo ir.

No les guardé rencor, al contrario, siempre les agradecí, pero no puedo dejarlo así, no puedo ni pude.

Lo que sí puedo afirmar es que no hay manera de explicarle eso a ningún psicólogo, a ningún psiquiatra ni a ningún asistente social y menos en mis circunstancias hasta hace poco.

Asumamos, retóricamente, no fácticamente, que yo hubiera tomado en manos propias la justicia y hubiera matado a los que lo lastimaron o lastimaron a otros niños abusando sexualmente de ellos.

¿Cómo explico eso?.

Sé que mi comunidad en el abstracto me hubiera aplaudido.

Sé que por ese estigma de afeminado quizá no en su caso.

¿Cómo queda?.

Hipotéticamente, imaginemos que lo hubiera hecho, no sé, desde los 5-6-7 años de edad porque una niña llegó sangrando y otro amigo y yo matamos a ese infeliz que la lastimó.

Imaginemos que, hipotéticamente lo hubiera hecho, no sé, varias veces.

No sé, quizá con fruición cuando mi compadre falleció y que no recuerdo lo que hice, pero, no me queda la duda quizá lo hubiera hecho con rabia, con furia, con odio a todos esos adultos que abusan sexualmente de menores aún cuando pretenden ayudarlos.

¿Cómo hubiera quedado?.

Aquí voy a dar licencia religiosa en sentido limitado, porque precisamente sé que los cabrones religiosos a mi amigo no sólo lo hubieran maltratado por adicción a los solventes, sino por imputaciones que estoy seguro mi amigo ni siquiera consideró.

¿Qué dice su Dios si yo hubiera hecho eso?.

¿Me hubiera dado Licencia?.

¿Me trajo para eso?.

¿Me protegió por eso, me dio fortaleza, templanza, para eso?.

¿Fue el Diablo quien me la dio?.

¿Me perdonaría o yo tendría que pedir perdón por eso cuando ni tenía 12 años de edad?.

Yo no pregunto dónde estaría Dios, eso me es irrelevante porque sé dónde estuve yo y eso es suficiente para mí: con él, incluso después que falleció.

De la Justicia entonces pues dudo les interesara el asesinato presto, casi indoloro de uno o varios abusadores sexuales de

menores. Escandaloso como pudo haber sido.

De los loquiatras y sicolocos: enséñenme las pruebas en vez de sus chifladuras y llévenlas al Ministerio Público para que yo me ría por la vía formal de sus pendejadas.

Así las cosas...

¡Hasta la Muerte Siempre Compadre!.

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 24 de Mayo de 2025.

Notas a mi "Compadres".

Dedicadas a mi tío Beto de Alba, aka Beto el Payaso.

No soy licenciado en derecho, esto no es consejo legal. Son mis alegatos con fines autobiográficos.

Mi madre y mi padre llegaban tarde a pretender cuidarme el resto de la noche porque al menos mi madre estudiaba por la noche en la Escuela de Economía del Instituto Politécnico Nacional.

Yo la acompañé algunas veces tras fallecer Doña Fidelia.

Intentó ponerse cremas faciales para parecer más joven durante algunos escasos años.

Como mi madre era muy hermosa yo sospechaba pasaba las noches en lugares donde había "Eventos en Vivo".

Alguna vez siendo niño seguí a un volantero, en esos tiempos eran comunes y a veces dejaban volantes en los parabrisas del estacionamiento donde mis padres me concedían la gracia de estar algún tiempo.

Yo noté que a veces repartía a las transeúntes volantes de arriba o de abajo del fajo de volantes.

Cuando eran jóvenes hermosas de abajo, cuando no de arriba.

Así que especulo durante algunos años al parabrisas de mi madre le ponían los de abajo.

Alguna vez o varias, antes de que me llevara a la escuela o algún

otro lugar por la mañana le cambié el de su parabrisas por el de otro carro.

Se decepcionaba.

Ella lo tomó como un juego, no se percató del peligro en el que se ponía yendo a bares o restaurantes en donde se le daba un trato especial por ser atractiva.

Especulo fue así como llegamos al restaurante en Polanco donde vimos a ese niño que me pateó y que era idéntico a mí: alguien la volanteó y ella cayó y calló.

Siempre se negó a decir cómo fue que se le ocurrió ir a un restaurante en Polanco que ella no podía pagar para ambos, simplemente mencionó que alguien se lo recomendó.

En otra ocasión, algo más oscura, mi padre fue muy insistente que fuéramos a un restaurante cercano a Televisa Centro donde vendían "comida alemana".

Vendían unas albóndigas enormes, entre otras.

Creo hasta chamorros.

Yo pregunté qué era un chamorro, me dijeron mis padres que era una pierna de cerdo, como yo era fan de Astérix y Obélix pues les dije que me pidieran uno, se negaron, el precio era muy caro.

Cuando llegamos mi madre, al ver la carta, al parecer, se sorprendió de los precios.

Creo mi padre supo que mi madre estuvo ahí sola, en un restaurante que no podía costear y mi madre, fuera de la promoción de algún volante notó los precios reales.

Es probable algún amigo de mi padre le haya narrado que la vio ahí y por eso mi padre fue muy insistente que fuéramos.

Lo que quizá mi padre no imaginó que yo sí es que la volantearon por ser atractiva.

Y eso podría explicar por qué no me daba dinero para comer: porque lo guardaba para gastárselo por las noches en su bebida y comida en esos bares o restaurantes con "eventos en vivo".

Creo prefería divertirse ella que alimentarme a mí. Creo prefería divertirse que cuidarme por la noche. Creo prefirió exponerme al peligro que enseñarme a defenderme solo.

Siempre delante de mi habló de mi de forma impersonal, nunca se refirió con genuino afecto por mí, hablaba de mí como si fuera yo un objeto y no creo lo haya hecho por distanciarse de algún dolor que tuviera, sino que fingía padecer.

Creo por eso esa noche que mi padre durmió en la calle mi madre llegó en la mañana: porque estaba divirtiéndose en un "evento en vivo" al cual la volantearon por ser atractiva.

Admito son mis conjeturas, pero creo mi padre debió compartir alguna y le proporcionaron testimonio. Así que no fueron meramente mías. De haber sido así.

En cuanto a mi padre, también trabajaba hasta tarde, pero también llegaba de noche, de madrugada o de mañana alcoholizado.

Así que yo tenía doble en contra y no tenía ni a quien contárselo ni a quien acudir en busca de auxilio, seguridad y protección.

De manera que o salía a la calle a aprender a defenderme, para poder escapar en vez de ser acorralado en ese departamento, o me atrincheraba para matar a cualquiera que entrara por la noche a dañarme, atacarme o matarme, o ambas, y así lo hice.

Mi madre hubiera estado encantada si no por las quejas esporádicas que la hacían ver como una terrible madre, una madre perversa. Y justificadamente, eso no puede ser otra cosa que intento de homicidio de un menor de edad y todas las noches de forma eventual.

¿Por qué mi padre no hizo escándalo sabiendo que yo estaba dormido adentro para que le abriera la puerta?. Pues, creo, porque sería obvio que llegó muy tarde, alcoholizado y su "hijo" se quedó dormido esperando que su "padre" llegara para dormir seguro.

Mi padre insistió en algún momento que no cerrara la puerta detrás de la cocina, porque una mañana le toqué desde fuera para que me dejara entrar después de que yo durmiera casi a la intemperie en el lugar que juzgué más seguro esa noche.

Cambió de opinión cuando vio a un niño intentar meterse a la casa por ese lugar, desde entonces se practicó la política de esa puerta cerrada.

Yo le pedí que no cerrara ese acceso al departamento que había que escalar para entrar, él pudo imaginar por qué: lo pude necesitar como entrada o como vía de escape. Como entrada para que no notaran que estaba en casa, o como escape si no me quedaba otra, a riesgo que rufianes me esperaran afuera al salir.

Mi padre lo intentó a medias, inútilmente, lastimeramente y carente de inteligencia, tacto y empatía por mí.

Él quería pavonearme como si fuera yo su producto, no su hijo a quien debió apoyar a toda costa. Fue cruel conmigo cuando intentó enseñarme a leer y por eso me rehusé a aprender: me insultaba, me gritaba, me vejaba y yo no iba a tolerar eso ni de mi padre.

De mi madre ya he narrado que nunca me dio de desayunar y hasta se rehusó cuando la levanté para que lo hiciera.

Nunca manejó con prudencia y se cruzaba camellones en Vallejo donde me zarandeaba riéndose sádicamente, como si conducir a un niño a la escuela fuera un juego donde el objetivo no era nada más llegar a tiempo, sino maltratarlo.

De los días que pasé sin comer la más de las veces era porque mi tía Elizabeth se robaba el dinero del mandado para comprar joyería de fantasía en la esperanza de que fuera de oro.

De manera que dejaba la comida por días hasta que se pudriera en la idea de refreírla y dármela a mí por la fuerza, para no gastar en comprar más.

E incluso una vez compró fiambre que tenía una pierna de rata que mi padre comió una noche.

Yo lo oí, vomitó, tiró el fiambre al escusado, y se lo platicó a mi madre.

Mi madre le exigió la prueba, y al haberla tirado no la tuvo, mi padre argumentó correctamente que no podía quedársela, mi tía pudo dármela a mí.

Y a mi madre le valió madres, se burlaba de eso renarrando que la comida Cantonesa incluía carne de rata delante de mi padre en algunas reuniones que pretendían ser familiares.

Sí habló con mi tía Elizabeth de la carne de rata e intentó hacerle una contabilidad, pero era pura formalidad.

Ahí siguió la tía hasta que apuñaló con unas tijeras el sillón en un ataque de rabia ciega.

Luego tiempo después regresó alegando que "me dijeron que ya estaba bien".

¿Quién se lo dijo?, puedo especular que un Hospital Psiquiátrico, pero mi madre siempre lo negó, hasta la fecha. Pero el comportamiento agresivo de la tía me parece que pudo ser acatisia tardía, aún si siempre fue así, aún si siempre se comportó así

Yo tengo la sospecha que mi tía zarandeó hasta a la inconsciencia a mis dos tíos maternos y a mi madre, y por eso no recuerdan claramente el abuso a los que los sometió.

Solo mi tío Beto, El Payaso, tenía algún recuerdo: mi tía casi mata a mi madre al menos una vez. Pero creo no tenía un recuerdo claro que la zarandeó.

Y quizá por eso el rendimiento escolar de los tres fue pobre: por el zarandeo. Y sin poder recuperar el tiempo perdido, sus prospectos académicos iniciaron lastrados.

En parte lo sospeché porque es un mecanismo habitual de abuso que no deja huella y por otro por cómo me tomó una vez de la solapa y la tía sonrió perversamente.

¿Qué clase de madre deja a su único hijo con esa mujer?.

¿Y luego la vuelve a traer para que lo intentara otra vez?

¿Qué clase de mujer regresa a su único hijo a la escuela donde lo golpearon sin darle explicación de quién ni por qué?.

¿Qué clase de mujer contrata un médico en vez de admitir que no podía cuidarme porque prefería divertirse por la noche?.

Una mujer sádica y perversa, pero taimada que no pudo deshacerse de ese único hijo que le quedó.

Y como muchos sentían simpatía por el mito de la mujer que estudió y trabajó, que trabajó hasta entrada la noche, con un esposo alcohólico, obviaron el hecho que el que estaba en peligro todas las noches, y todas las tardes con esa tía era yo de forma objetiva, no subjetiva, no basada en cómo debí sentirme ni qué debí alegar, sino en qué situación estaba yo.

Esos son daños de la psicología y la psiquiatría en contra mía y en complicidad con mi madre, si mi madre habló con un médico, éste debió dar parte inmediatamente al Ministerio Público y al DIF para que me retiraran de la situación de peligro inminente en el que me encontraba todos los días, y hasta donde sé nadie lo hizo.

No requería preguntarme cómo me sentía al respecto, era obvio, era evidente que yo sí estaba en peligro inminente todas las noches, y todas las tardes con mi tía. Y todas las noches mientras mi madre y mi padre parrandeaban dejándome solo en ese departamento.

Que yo no dijera nada ni alegara nada no era materia de interpretación o diagnóstico psicológico o psiquiátrico, era asunto de orden civil y penal, era ordenado que un abogado me representara en esas circunstancias porque mis padres actuaron en contra mía: No podían representar legítimamente mis

intereses superiores.

Pasar de lo objetivo a los sentimientos me perjudicó y de eso fue responsable toda persona que no cumplió la obligación legal que tenía con el sistema de Justicia de reportar mi situación de forma expedita e inmediata.

Y no andar con interpretaciones, ideaciones y ficciones psicológicas o psiquiátricas que distrajeron de lo objetivo del peligro inminente a lo imaginario de los desórdenes mentales.

Y menos darme medicamentos que me causaron falta de coordinación y dificultades para salir corriendo si alguien me agredía violentando el recinto privado donde debía yo dormir: la casa de mi madre, donde mi padre y ella vivían, pero por sus omisiones, al parecer yo no. Era gracia de ellos para mí, era dádiva que me ofrecieran quedarme ahí.

Esos medicamentos que mi madre me dio a escondidas me pusieron en mayor peligro con la pretensión de mantenerme en el lugar donde yo corría mayor peligro: el lugar donde yo dormía en peligro inminente por la noche cuando mis padres no estaban para cuidarme, muchas veces de su parte por voluntad propia: para su propia diversión.

Y mi madre nunca me dijo qué médico fue, o qué médicos fueron, pero creo sí se lo dijo a la médica [REDACTADO] y al médico [REDACTADO] del [REDACTADO] y a mí nunca me lo comentaron, nunca me notificaron qué médicos, ni qué me recetaron. Y creo tampoco lo denunciaron, especulo actuaron como licenciados en derecho, mis representantes legales, ministerios públicos y hasta jueces: no hay nada que perseguir, investigar, denunciar ni sancionar.

De manera que de haber sido así me negaron el acceso a la

Justicia y a mi información médica, continuando los daños causados por la violencia de mi madre en mi contra, y como tal, de haber sido así, volviéndose cómplices de eso.

De niño me dejaron de dar esos medicamentos cuando me desmayé haciendo honores a la bandera, y entonces recuperé mi habilidad de moverme, correr, escalar y saltar como antes lo había hecho, pero al parecer me causaron anomia permanente.

No dudo que esos rufianes que narré en la historia que anoto hayan robado dinero o valores de la casa de mi madre y me hayan culpado a mí haciéndome fama de ladrón y mentiroso. Nunca lo fui, pero como nunca dijeron nada claro, siempre buscaron extraerme la verdad sin hablar de frente, yo no pude explicarles que cualquier niño rufián y bribón podía meterse en la casa y robar, hasta por la puerta de enfrente.

Si yo pasé días sin comer fue precisamente porque nunca fui ladrón. Con mis habilidades, para mí hubiera sido fácil, y no lo hice.

Y si yo narrara esto a algún sicoloco o psiquiatrichiflado me pedirían pruebas, le creerían a mi madre, desvirtuarían, manipularían, tergiversarían, corromperían e intentarían destruir mi testimonio como prueba testimonial.

Y lo intentaron, todos con los que hablé intentaron alterar mi testimonio sin recabarlo con el debido respeto que como material probatorio debió tener: como evidencia del abuso continuado en el tiempo de mis padres en contra mía con la colaboración activa de cualquier médico o psicólogo que les brindó ayuda, consejo o consulta e incluso a mí en el mínimo de incumplir sus obligaciones legales de reportar todo hecho con aspecto de delito del que tengan conocimiento.

--"Es un hecho que la víctima lo dijo..."

Complicidad de cualquiera que tuvo conocimiento y nunca lo reportó al ministerio público, sin excusa ni pretexto, ni pretender ser Ministerio Público menos un Juez y afirmar que en agresiones continuadas los posibles cargos ya habían expirado, cuando además, nada en la Ley les concedía la gracia de hacer ese tipo de determinaciones exclusivas de los Jueces y de los Ministerios Públicos.

Y de narrarlo con más detalle, para mí era obvio que yo fomentaría la posible comisión de más delitos porque era prácticamente cierto que no lo iban a reportar de ninguna manera y hasta donde sé nunca lo hicieron.

Por eso nunca lo narré, no me hubieran creído, tenían suficiente información para establecer de manera objetiva ese peligro inminente para mí sin recurrir a sentimientos, opiniones y percepciones, y al hacerlo yo fomentaría la comisión, en potencia, de otros delitos adicionales.

¿Qué pienso de eso?.

Así las cosas...

Sólo puedo añadir que una mujer habló conmigo en la calle para decirme qué hacía el DIF, y me preguntó, estereotipadamente si me sentía seguro en la mía. No preguntó si estaba seguro en ella.

Cuchillo en mano, ojo de chícharo, insomne, lo peor que pudiera pasar es que entraran y los matara ahí mismo.

Fue con esa información que amenacé a mi Tío Julio para que retirara el cable con el que amenazaba a su familia y con el cual él afirmó azotaba a su hijo porque no lo obedecía.

Lo amenacé con denunciarlo al DIF.

Tardó escasas semanas en retirar el alambre de la puerta de la cocina, pero lo hizo, hasta donde supe. Hasta eso debió sentirse humillado, y en su arrogancia y el temor que su hijo se le subiera a las barbas se tardó.

Me parece irónico que esa madre que permitió ese abuso pudiéndose refugiar en la gran casa de su madre con sus tres hijos después dirigiera los refugios de mujeres violentadas en Toluca o el Estado de México.

Es triste que eso debió alentar a mi madre a medicarme encubiertamente y a mentir hasta incapacitarme o matarme para que yo no la denunciara a ella al DIF. Que buscara quien le diera las recetas con las cuales casi me matan y me pusieron en mayores desventajas de las que ya tenía.

Y que eso me dificultó acompañar a mi Compadre a seguir buscando un hogar que nunca encontró: eso también contribuyó a su muerte. Me dificultó defenderlo de una manera que él no podía ya que él no tenía las habilidades que yo sí, y como andaba pacheco con el thinner, su coordinación no era idónea para que se defendiera.

Con uno pacheco y el otro con marcha y movimientos anormales debimos parecer la Tostada y la Guayaba en un mundo que buscaba abusar de nosotros hasta la saciedad.

Y ambos niños físicamente hermosos.

Es sátira que yo amenacé veladamente a mi madre para que convenciera a mi tío Julio que dejara de darle salsa de chile muy picoso a mi primo cuando era un niño pequeño porque no quería

comer. Ahí delante de otros dos adultos que no actuaron nada efectivo, pero al parecer mi madre sí, bajo mi presión sutil.

¿Cómo lo hice?, adivinen.

"Los voy a denunciar a todos ustedes al DIF si no hacen nada y Julio no deja de hacerlo".

Así de fácil. Y mi madre sabía que por otro yo era fiero, pero quien ya lo había pasado y probablemente no se lo dijo a mi madre fue mi tío Julio.

Puede ser tragedia que nadie hizo eso por mí, pero, a fin de cuentas, aunque flaquillo y de aspecto llorón, no fui un debilucho.

Mejor así para mí: que no sospecharan quién era yo ni de qué era capaz.

Finalmente, si hice algo malo, indebido o delincuencial, no lo hice a mi favor, lo hice por alguien más que no podía hacerlo por sí mismo. Y como siempre enséñenme las pruebas, no los alegatos malintencionados de mis victimarios ni de sus cómplices.

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 24 de Mayo de 2025.

Niños de la Calle 1.

Historias de un niño con Conexiones en la Calle...

Cuando fui niño conocí una cuarteta de luchadores, dos pares, quizá solo un par y pretendí eran dos buscando reclutas para el noble arte especialmente mexicano de la Lucha Libre. Eran muy amables y gentiles, el que más nos trataba era bastante sensible, podía sentir lo que nos dolía, nos asustaba, era una persona muy noble.

Yo, fui un niño con conexiones a la calle. Pasé más tiempo con otros niños en situación de calle, con otros niños sí definidos como "niños de la calle", aún si yo tenía donde dormir sin mis padres por las noches en su casa, eso me lo dijeron muy claro, ni siquiera me dijeron invitado, huésped ni bienvenido.

Ya no digamos un honesto Hijo Mío que fuera sincero, un te amamos como si lo sintieran, ni siquiera que lo fingieran con el suficiente esmero de al menos engañarme que me querían, que me amaban, que me respetaban, que me cuidaban, que me alimentaban, que me apoyaban o me protegían.

Esperaban lo mejor para mí, exigían lo mejor de mí que era peor para mí, pero no para ellos: que no se quejaran de mí con ellos.

Para calmar mi dinamismo me llevaron a una escuela de natación y mi madre me prohibió golpeara a mis acosadores, ni siquiera en defensa propia. Al poco tiempo pedí ya no fuéramos, iban a acabar golpeados de manera no intencionada por los pisos resbalosos, simplemente de un empujón de "déjame en paz": impredecible dónde y cómo caerían.

Papas con patas: papanatas…

Pasé tiempo en la calle por las tardes y por las noches porque por las tardes era un mal ejemplo para los niños más pequeños que yo: me peleaba frecuentemente con los más grandes para dificultar su abuso contra los más pequeños.

Los más grandes eran imprudentes, tontos, temerarios, entrometidos y bocones.

Otros de plano sádicos, antisociales, sicópatas.

Los de mi edad, eran de buena familia, para qué manchar su reputación.

Excluyendo a los que me conocieron como niño con conexiones en la calle, que por lealtad, amistad y compasión no dirían nada, un taquero ya siendo yo preparatoriano, lejos de esa vida tras la muerte a mis 9 años de edad de mi compadre, mi amigo de la calle adicto a los solventes, al ordenar unos tacos me preguntó si tenía dinero.

Le dije que sí, le pedí cinco, me sirvió uno como dádiva, como caridad, como apaciguamiento Castrense: Comes y te vas…

Me sirvió los cinco, los comí, y le pedí otros cinco.

Al terminar y casi al ordenar la cuenta, su compinche, uno de sus familiares, se apostó pretendiendo disuadirme de escapar sin pagar.

No tenía ni idea exacta de qué era capaz yo.

Pagué, les dejé su propina y me retiré.

Hasta a una novia mía de ese entonces la hicieron sentir

incómoda cuando la llevé porque esos tacos eran buenísimos, se hicieron famosos y salieron en un periódico mexicano de circulación nacional. Ella fue renuente a ir conmigo a esa excelente taquería por eso: el desprecio que me mostraban ahí.

Por la noche para mí, a veces, era más seguro estar en la calle, tener dónde correr y esconderme lejos del alcance de los violadores de menores y los traficantes sexuales de menores que en el departamento de mis padres donde me podrían acorralar.

Lo intentaron varias veces, los niños víctimas y victimarios salieron lastimados en la intentona de llevarme con su traficante y abusador. Varias veces…

Esas historias y la de mi compadre no caben aquí, en estas plataformas, pues me quedará pendiente al menos hacer honor, más de 4 décadas después a la memoria de mi compadre que murió a mi lado de una sobredosis de solventes. Esa historia está escrita, simplemente no tengo donde publicarla.

Más de 4 décadas después sigo de luto, sin poder llorar a plenitud la ausencia de mi compadre. La ruptura material de esa amistad que nos unió en nuestras buenas y nuestras malas, en la calle, como compadres, como amigos.

¡Hasta la Muerte!, ¡Siempre!.

Gracias.

Federico Soto del Alba.

Texto original de mi autoría previamente publicado el 19 de Mayo de 2025.

Creative Commons Legal Code

CC0 1.0 Universal

> CREATIVE COMMONS CORPORATION IS NOT A LAW FIRM AND DOES NOT PROVIDE LEGAL SERVICES. DISTRIBUTION OF THIS DOCUMENT DOES NOT CREATE AN ATTORNEY-CLIENT RELATIONSHIP. CREATIVE COMMONS PROVIDES THIS INFORMATION ON AN "AS-IS" BASIS. CREATIVE COMMONS MAKES NO WARRANTIES REGARDING THE USE OF THIS DOCUMENT OR THE INFORMATION OR WORKS PROVIDED HEREUNDER, AND DISCLAIMS LIABILITY FOR DAMAGES RESULTING FROM THE USE OF THIS DOCUMENT OR THE INFORMATION OR WORKS PROVIDED HEREUNDER.

Statement of Purpose

The laws of most jurisdictions throughout the world automatically confer exclusive Copyright and Related Rights (defined below) upon the creator and subsequent owner(s) (each and all, an "owner") of an original work of authorship and/or a database (each, a "Work").

Certain owners wish to permanently relinquish those rights to a Work for the purpose of contributing to a commons of creative, cultural and scientific works ("Commons") that the public can reliably and without fear of later claims of infringement build upon, modify, incorporate in other works, reuse and redistribute as freely as possible in any form whatsoever and for any purposes, including without limitation commercial purposes. These owners may contribute to the Commons to promote the ideal of a free culture and the further production of creative, cultural and scientific works, or to gain reputation or greater distribution for their Work in part through the use and efforts of others.

For these and/or other purposes and motivations, and without any expectation of additional consideration or compensation, the person associating CC0 with a Work (the "Affirmer"), to the extent that he or she is an owner of Copyright and Related Rights in the Work, voluntarily elects to apply CC0 to the Work and publicly distribute the Work under its terms, with knowledge of his or her Copyright and Related Rights in the Work and the meaning and intended legal effect of CC0 on those rights.

1. Copyright and Related Rights. A Work made available under CC0 may be protected by copyright and related or neighboring rights ("Copyright and Related Rights"). Copyright and Related Rights include, but are not limited to, the following:

i. the right to reproduce, adapt, distribute, perform, display, communicate, and translate a Work;
ii. moral rights retained by the original author(s) and/or performer(s);
iii. publicity and privacy rights pertaining to a person's image or likeness depicted in a Work;
iv. rights protecting against unfair competition in regards to a Work, subject to the limitations in paragraph 4(a), below;
v. rights protecting the extraction, dissemination, use and reuse of data in a Work;
vi. database rights (such as those arising under Directive 96/9/EC of the European Parliament and of the Council of 11 March 1996 on the legal protection of databases, and under any national implementation thereof, including any amended or successor version of such

directive); and
vii. other similar, equivalent or corresponding rights throughout the world based on applicable law or treaty, and any national implementations thereof.

2. Waiver. To the greatest extent permitted by, but not in contravention of, applicable law, Affirmer hereby overtly, fully, permanently, irrevocably and unconditionally waives, abandons, and surrenders all of Affirmer's Copyright and Related Rights and associated claims and causes of action, whether now known or unknown (including existing as well as future claims and causes of action), in the Work (i) in all territories worldwide, (ii) for the maximum duration provided by applicable law or treaty (including future time extensions), (iii) in any current or future medium and for any number of copies, and (iv) for any purpose whatsoever, including without limitation commercial, advertising or promotional purposes (the "Waiver"). Affirmer makes the Waiver for the benefit of each member of the public at large and to the detriment of Affirmer's heirs and successors, fully intending that such Waiver shall not be subject to revocation, rescission, cancellation, termination, or any other legal or equitable action to disrupt the quiet enjoyment of the Work by the public as contemplated by Affirmer's express Statement of Purpose.

3. Public License Fallback. Should any part of the Waiver for any reason be judged legally invalid or ineffective under applicable law, then the Waiver shall be preserved to the maximum extent permitted taking into account Affirmer's express Statement of Purpose. In addition, to the extent the Waiver is so judged Affirmer hereby grants to each affected person a royalty-free, non transferable, non sublicensable, non exclusive, irrevocable and unconditional license to exercise Affirmer's Copyright and Related Rights in the Work (i) in all territories worldwide, (ii) for the maximum duration provided by applicable law or treaty (including future time extensions), (iii) in any current or future medium and for any number of copies, and (iv) for any purpose whatsoever, including without limitation commercial, advertising or promotional purposes (the "License"). The License shall be deemed effective as of the date CC0 was applied by Affirmer to the Work. Should any part of the License for any reason be judged legally invalid or ineffective under applicable law, such partial invalidity or ineffectiveness shall not invalidate the remainder of the License, and in such case Affirmer hereby affirms that he or she will not (i) exercise any of his or her remaining Copyright and Related Rights in the Work or (ii) assert any associated claims and causes of action with respect to the Work, in either case contrary to Affirmer's express Statement of Purpose.

4. Limitations and Disclaimers.

a. No trademark or patent rights held by Affirmer are waived, abandoned, surrendered, licensed or otherwise affected by this document.
b. Affirmer offers the Work as-is and makes no representations or warranties of any kind concerning the Work, express, implied, statutory or otherwise, including without limitation warranties of title, merchantability, fitness for a particular purpose, non infringement, or the absence of latent or other defects, accuracy, or the present or absence of errors, whether or not discoverable, all to the greatest extent permissible under applicable law.
c. Affirmer disclaims responsibility for clearing rights of other persons that may apply to the Work or any use thereof, including without

limitation any person's Copyright and Related Rights in the Work. Further, Affirmer disclaims responsibility for obtaining any necessary consents, permissions or other rights required for any use of the Work.

d. Affirmer understands and acknowledges that Creative Commons is not a party to this document and has no duty or obligation with respect to this CC0 or use of the Work.